

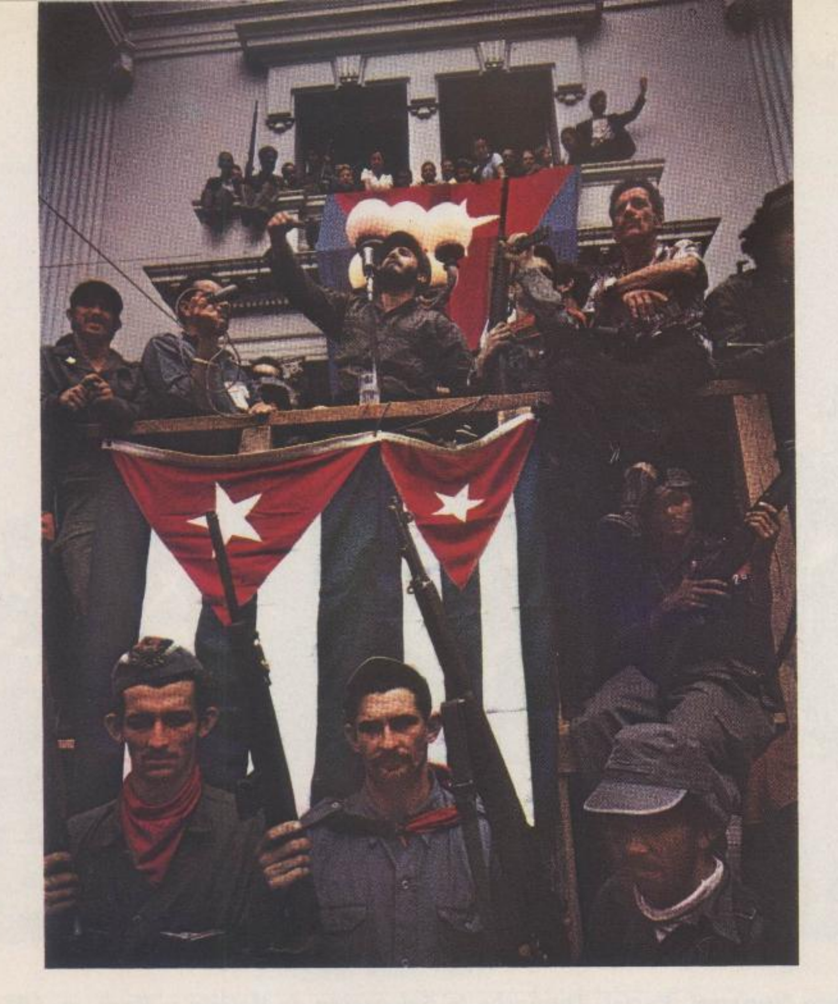
José Ballivián en la batalla de Ingavi (Biblioteca Nacional, París). Deshecha la federación de Bolivia y Perú, en 1841 las fuerzas peruanas invadieron Bolivia, donde fueron derrotadas por Ballivián en Ingavi. A continuación, este general ocupó la presidencia de Bolivia hasta 1847, en que dimitió.

Caudillos y gobernantes en Sudamérica

INTRODUCCIÓN

Acaso el mayor enigma de la Humanidad en el último tercio del siglo XX consiste en saber qué fue, qué es y qué será la América hispana con sus doscientos millones de habitantes distribuidos en veinte millones de kilómetros cuadrados. Lo que ha sido desde que se desgajó de Europa es enigmático también, incluso para los mismos americanos, que desconocen la historia de los países vecinos en su propio continente. A veces se han elevado al pináculo de la fama hombres que no merecen respeto, y otros, denigrados por pasiones locales, acabarán, sin duda, por encumbrarse a la categoría de héroes y bienhechores. Asimismo, lo que son hoy los pueblos de la América hispana es todavía difícil de comprender, porque están en vías de experimentar una gran transformación, de la que ellos mismos apenas se dan cuenta. Diríase, en cierto modo, que se hallan en la inconsciencia de la crisálida antes de su final metamorfosis.

Ya profetizó Bolívar que la América hispana progresaría poco en los primeros cien años. Ha pasado algo más de un siglo... ¿Qué vendrá ahora? Imposible es predecirlo, porque las cualidades y los defectos de la raza son muy acentuados, y no parece que las leyes de evolución social que rigen en otros lugares puedan aplicarse a rajatabla al conjunto de todos los países que constituyen Hispanoamérica. América entera parece agitarse en la inquietud. Las revoluciones americanas ya no son un simple fenómeno nacional, sino síntomas todavía confusos de un movimiento continental en busca de una estructura



social más justa, de una economia más equilibrada.

Por demasiado tiempo los intereses del capitalismo y la política norteamericanos ayudaron a generales y dictadores y oligarquías miopes a falsear o aplazar los grandes problemas de orden económico o social. La reacción contra ellos propugna ahora avanzadas medidas de reforma fiscal, de socialización agraria, de industrialización. Nadie sabe por qué caminos ni contra qué obstáculos se va a lograr todo esto. Entre tanto, la impaciencia dio lugar al establecimiento en Cuba del régimen de Fidel Castro, que cayó bajo la influencia comunista y que polarizó por un tiempo hacia su ejemplo la oposición desesperada en muchos países americanos. La experiencia de Chile, con el gobierno marxista de Allende por la victoria en las urnas, abre un nuevo interrogante acerca del porvenir político del continente.

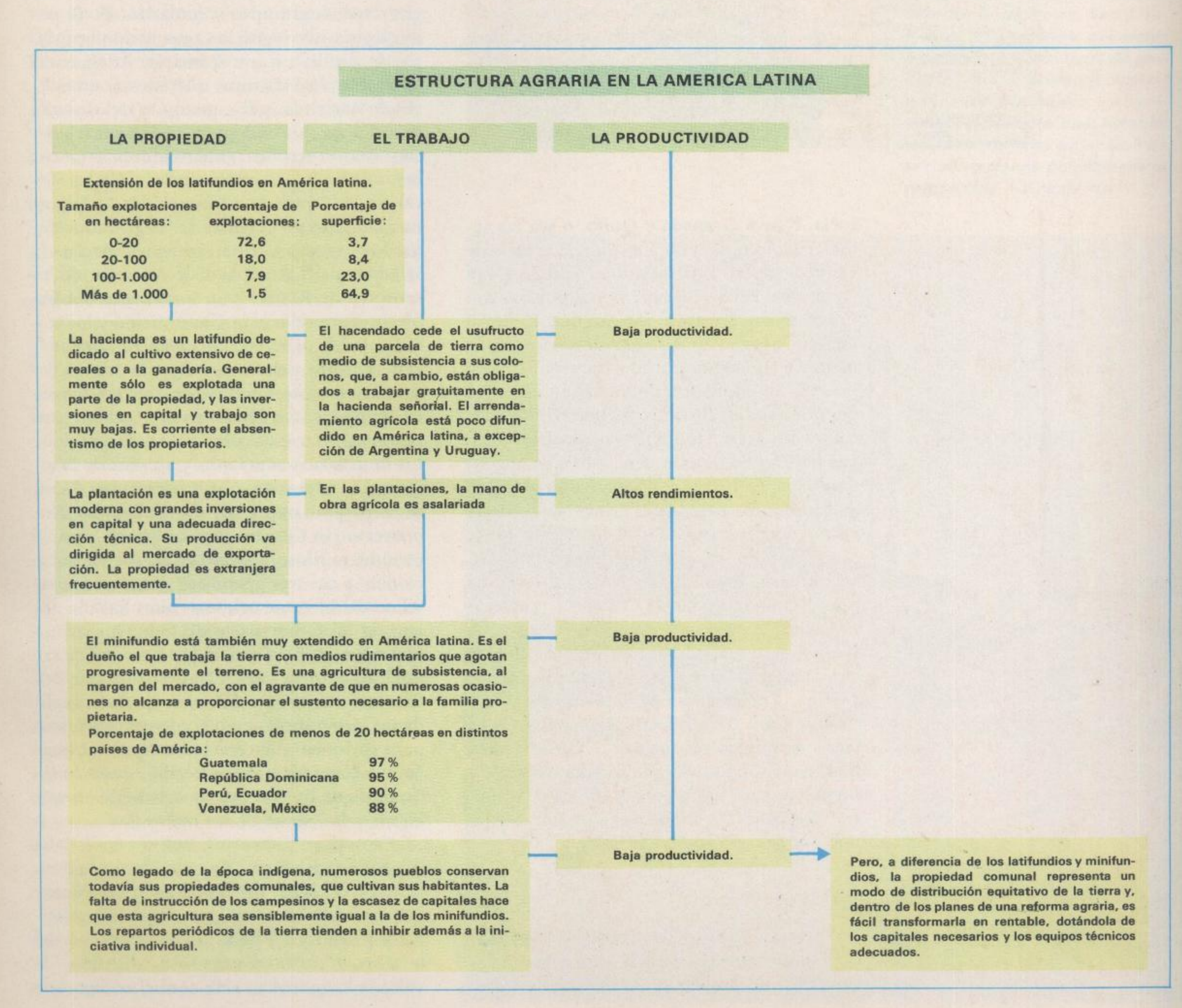
La política del presidente Johnson de intervenir militarmente en la crisis de la República Dominicana (abril de 1965) no habrá hecho más para aumentar el prestigio norteamericano que la tímida generosidad del

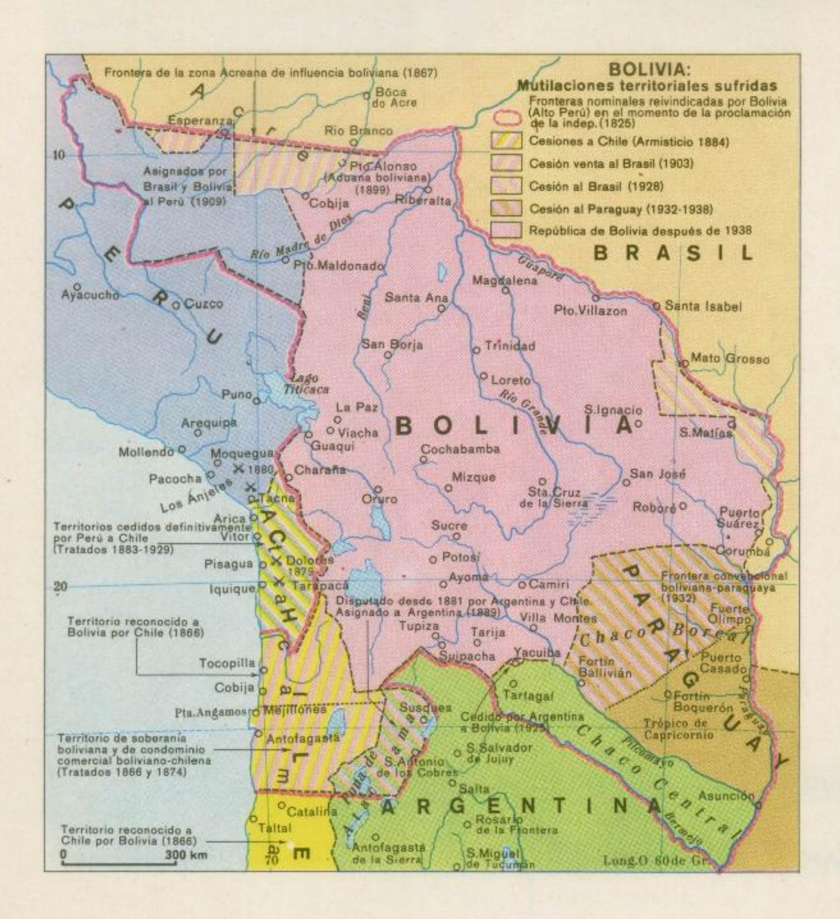
Fidel Castro en uno de sus discursos. La impaciencia por conseguir medidas avanzadas de reforma fiscal, de socialización agraria y de industrialización ha dado lugar al establecimiento de su régimen, que ha polarizado hacia su ejemplo la oposición desesperada de muchos países americanos.

Plantación de café en el estado de Paraná (Brasil). Las estructuras agrarias típicas de los países sudamericanos están orientadas generalmente hacia el monocultivo.

presidente Kennedy con su *Alianza para el Progreso* o la reciente posición de Nixon en cuanto a la política continental. En la Conferencia Tricontinental de La Habana (enero de 1966) fueron los movimientos revolucionarios americanos los que centraron el interés de los debates; parece como si la inquietud de los países afroasiáticos, parcialmente satisfechos y desorientados por los problemas de su independencia, cediera ante la patética tensión que domina en varias naciones americanas. La conciencia del subdesarrollo ha inducido a los países latinoamericanos a plantear con acritud los problemas sociales y económicos frente a los ricos y poderosos Estados Unidos, lo que ha producido una grave crisis entre Norteamérica y el resto del continente. No bastará la iniciativa de la integración latinoamericana (ALALC) ni los convenios regionales (Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano) para salir del subdesarrollo.

Intentaremos analizar sumariamente la evolución experimentada por los países hispanoamericanos desde su independencia para que el lector aventure alguna idea sobre su futuro. Por lo pronto, hoy aparecen desunidos, independientes, divididos en veinte estados, cada uno de ellos celoso de su nacionalidad, con disputas de fronteras y rencores vecinales. No era éste el ideal de los Libertadores. Tanto Bolívar como San Martín imaginaron una América española dividida a lo sumo en cuatro grandes regiones: la confederación del Plata, con lo que es hoy Argentina, Uruguay y Paraguay; la del Pacífico, con Chile, Perú y acaso Bolivia; la que Bolívar llamaba la Gran Colombia, con Vene-





zuela, Nueva Granada y Quito, o sea las actuales Colombia y el Ecuador. La idea de Confederación Sudamericana, con la Gran Colombia, Perú y Bolivia, y otra, por fin, con Centroamérica y acaso las Antillas. El Brasil merecía quedar aparte, por su territorio inmenso y su lengua portuguesa.

Pero ya en tiempo de los Libertadores se vio que este ideal de las grandes confederaciones no sería realizable en muchos años. Las guerras de independencia habían engendrado patriotismos regionales y despertado ambiciones de caudillaje. Bolívar se lo decía a Santander en carta de 10 de febrero de 1824: "Este mundo se está desmoronando. No cuente usted más con el Perú para teatro de operaciones militares de Colombia [hubo un momento en que creyó incluir el Perú en la Gran Colombia]. Todo está perdido de hecho: Lima, Callao, marina y provincias del Norte... En cinco meses que he estado yo mismo aquí, he visto en cada uno de ellos cinco prodigios de maldad... Cada canalla quiere ser soberano; cada canalla defiende a fuego y sangre lo que tiene, sin hacer el menor sacrificio...". Y "los pueblos son mucho más sordos que los gobiernos".

BOLIVIA

Por esto Bolívar, finalmente, decidió hacer independiente a Bolivia para que quedara como un modelo en miniatura de la república ideal que él soñara para la Gran Colombia. Sólo consiguió sacrificar a Sucre, que se resignó a ser el primer presidente del nuevo estado andino.

Sucre, uno de los "varones claros" de Indias, el intachable mariscal de Ayacucho, murió asesinado en el barranco montañoso de Berruecos, habiendo ya dimitido la presidencia de Bolivia. La muerte de Sucre es el más doloroso episodio de la tragedia de América; él es el primogénito inmolado por los grandes ideales del Nuevo Mundo.

Bolívar había redactado para su República boliviana una Constitución con presidente vitalicio y con derecho a elegir sucesor, como consecuencia de su más íntimo convencimiento: la necesidad de fortalecer el Poder Ejecutivo. Lo justificaba diciendo que "el presidente debe ser como el sol, punto fijo con autoridad perpetua alrededor del cual giren los magistrados y ciudadanos". El poder legislativo, según la Constitución boliviana, se dividía en tres Cámaras. Además del Congreso de Tribunos, que atiende a las leyes de hacienda, paz y guerra, y del Senado, que redacta los códigos y reglamentos eclesiásticos, y nombra gobernadores y jueces, instituía Bolívar (como propuso el Poder Moral en 1819 para la Constitución de Angostura) un cuerpo original de magistrados llamados censores, que, como él decía, "a semejanza del Areópago de Atenas y de los censores de Roma, eran los fiscales del gobierno para celar si la Constitución y los tratados públicos se cumplían religiosamente". Los censores debían proteger la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. Bolívar, como Platón en su *República,* proponía reclutar este cuerpo de censores entre los muchachos más sanos y limpios de la juventud y educarlos en un internado, donde se prepararan para el servicio del estado. Este proyecto de Constitución boliviana, con su presidente filósofo –verdadero sol constitucional– y sus tres grupos de magistrados satélites de diferente órbita y color, ha sido objeto de mofa por parte de todos los democratizantes del siglo pasado. Un escritor tan ecuánime como Carlos Pereyra dice que Bolívar no se paró en datos estadísticos, realidades geográficas y antecedentes históricos para formular sus creaciones constitucionales, y recuerda la frase de Cecilio Acosta cuando dijo que Bolívar era "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas".

Pero si es cierto que Bolívar no basaba sus sistemas políticos en compilaciones estadísticas, pensaba, sin embargo, por su cuenta y percibía que "las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, calidad del terreno, situación y extensión, al género de vida de los pueblos. ¡He aquí el código que

deberíamos consultar y no el de Washington!". Todos los que compilaron constituciones en América después de Bolívar no hicieron más que zurcir retazos de ideología francesa en el paño común de la Constitución de los Estados Unidos. Mucho había en la Constitución de Bolívar que pareció fantástico en el siglo XIX, simplemente porque era demasiado moderno. Un presidente vitalicio –al modo de un Trajano y un Marco Aurelio– sería deseable y ha sido inevitable en Sudamérica. ¿Qué fueron la mayoría de los caudillos sino presidentes vitalicios? En Bizancio grandes caudillos como Justino, Heraclio, Basilio I se llamaron emperadores, pero sólo eran caudillos encumbrados por necesidades del estado. Hay momentos en que, por el estado de su desarrollo cultural, los países no pueden permitirse nada mejor. Se argüirá que el despotismo de los caudillos ahoga las facultades políticas de la nación e impide que se desarrolle en ella el deseo de dirigir sus propios destinos. Pero, ¡cuántas veces en la América latina los magistrados y Parlamentos han abdicado en favor del caudillo, se han puesto de rodillas al pronunciar su nombre, y no por temor, sino por incapacidad de cooperar con el poder ejecutivo!

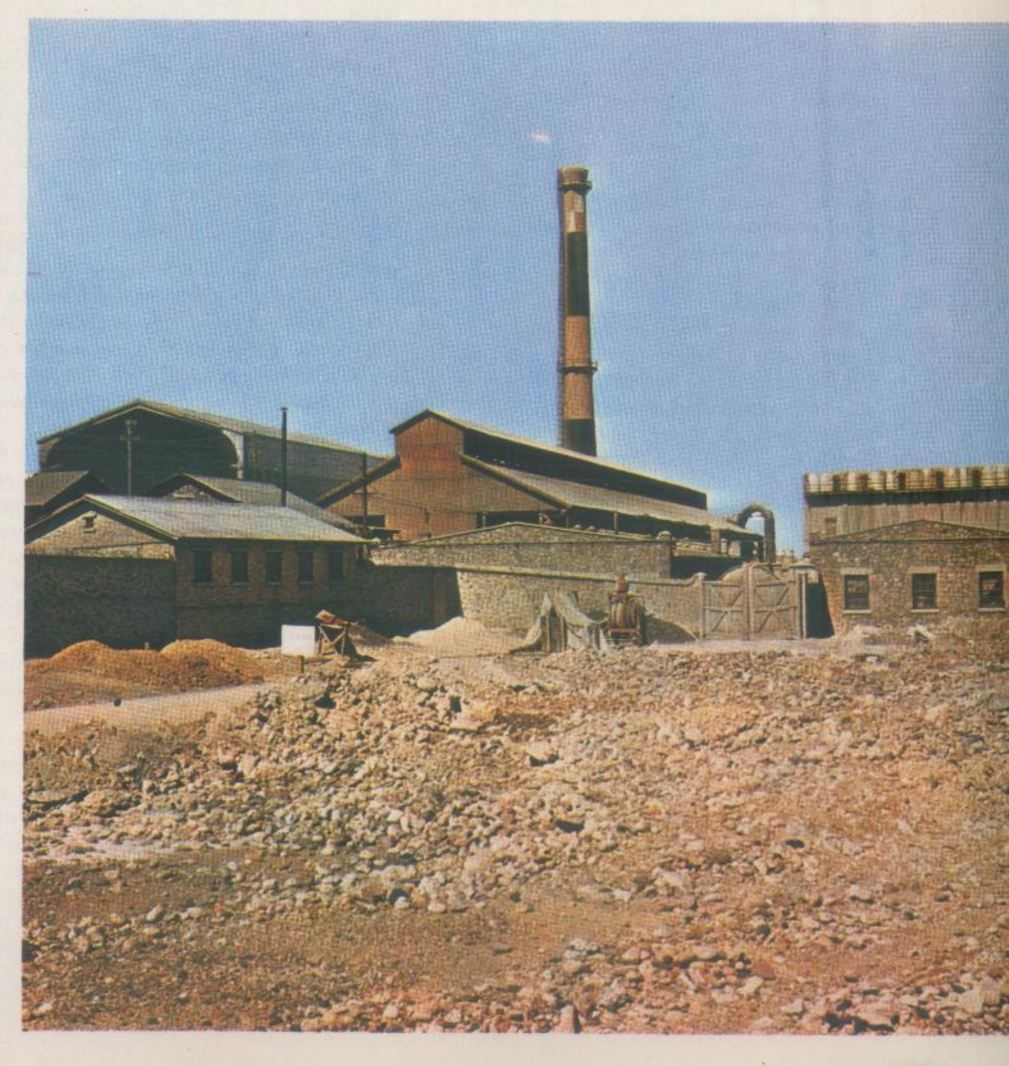
En tierras del Sur, la dificultad no está en que el presidente sea vitalicio, sino en el modo de descubrir al sol de la República y de obligarlo a eclipsarse si se extralimita.

El cuerpo de magistrados censores de la Constitución boliviana parecía también una utopía. No era un puro Tribunal Supremo, sino un Congreso que debía tener iniciativas para fomentar lo que llamamos vida intelectual y espiritual de la República. Mayor novedad parecía que estos superciudadanos salieran con carácter de novicios de una escuela de planteles. Pero en el palacio sagrado de Bizancio había escuelas parecidas para muchachos de familias distinguidas, que después servían en los departamentos de la administración. En Rusia, las escuelas de nobles eran algo semejante; Napoleón soñó lo mismo que Bolívar; en Inglaterra, los empleados del *Civil Service* y del *India Office* han pasado por un aprendizaje especial; Hitler se propuso también lo mismo. El estado moderno, cada vez más complicado, necesitará cada día mayor número de técnicos y magistrados en el engranaje gubernamental, que no pueden improvisarse con los conocimientos generales del Derecho y Sociología que suelen adquirir los comunes estudiantes de los establecimientos universitarios.

Que la Constitución de Bolivia era prematura lo prueba que, promulgada en el año 1826, fue derogada en 1829. Pero también prueba que la de 1829 no era mejor el hecho de que fuese derogada en 1834, y ésta lo fuese en 1839, y ésta a su vez en 1843 por la que ya se llama *Ordenanza militar*. A Sucre, primer presidente de Bolivia, sucedió Santa Cruz, semiindio, que no quiso aceptar para su país el papel de estado pacífico y modelo que el Libertador le había adjudicado. Santa Cruz había acompañado a Bolívar en la campaña del Perú y pretendió continuar interviniendo allí, hasta formar una federación de Bolivia y el Perú, dividido en Alto y Bajo. El proyecto no era descabellado, pero motivó la guerra con Chile, que no podía aceptar esta federación. Chile venció en Yungay, se deshizo la federación y Santa Cruz se vio forzado a emigrar a Europa. Sin embargo, continuó influyendo en los asuntos de Bolivia con los sucesivos presidentes Ballivián y Velasco.

La historia de Bolivia ha sido la de una revolución constante, en la que se han sucedido presidentes bienintencionados pero apáticos, con otros corrompidos aunque activos, varios de los cuales fueron asesinados. El hecho más notable de la política exterior de Bolivia durante el siglo XIX fue la guerra que,

Instalaciones para la obtención de la plata en San Luis Potosí. El problema que tiene planteado Bolivia trató de paliarlo Paz Estenssoro nacionalizando las minas y el petróleo, pero ante una terrible crisis económica hubo de hacer concesiones petrolíferas a compañías extranjeras.



EL REGIMEN LATINOAMERICANO DE "PREPONDERANCIA PRESIDENCIALISTA"

La forma de régimen constitucional normal en la América latina, aquella a la que vuelven casi todos los países cuando el funcionamiento regular de las instituciones se ha visto interrumpido, se ha copiado del régimen presidencialista de los Estados Unidos. En su forma jurídica, el régimen tipo de la América latina aparece muy poco diferente del modelo norteamericano y por ello se le califica, como su modelo, con el nombre de *régimen presidencialista*. Es lamentable que este término se aplique a los regímenes políticos latinoamericanos; constituye una causa de error porque incita a creer que el régimen funciona con tanto mayor regularidad según que se parezca más al modelo norteamericano, mientras que, por el contrario, para responder a las necesidades particulares de países en vías de desarrollo, debe alejarse de este modelo. La América latina adoptó el régimen presidencialista, pero si se define este régimen según las características que se le han dado en los Estados Unidos, debe concluirse que no ha conservado el régimen presidencialista: se ha edificado un régimen original, cuya experiencia ha inspirado las diferentes modalidades, y ello no a los constituyentes, sino a los hombres prácticos de la política latinoamericana.

Las diferencias del régimen político que se ha modelado en la América latina, en relación con el régimen presidencialista norteamericano, merecerían que se le diera otro nombre distinto del de los Estados Unidos: una diferencia en la terminología ayudaría a comprender mejor su originalidad. Para no alejarnos demasiado de la terminología habitual lo designaremos aquí como el *régimen de preponderancia presidencialista*.

En la América del Norte, el régimen presidencialista tradicional es un régimen de separación de poderes, aunque, en la práctica, las necesidades de la acción no hayan permitido la aplicación de la separación del poder ejecutivo y del poder legislativo de manera tan rígida como la previeron los autores de la Constitución. Entre el presidente, único responsable de la política, y el Congreso, legislador único de unas leyes que el presidente debe hacer aplicar, ha sido necesario establecer unos puentes, a fin de permitir una acción coherente de los dos poderes.

Junto a los poderes muy insuficientes establecidos por la Constitución: veto del presidente, aprobación de tratados y de la designación de funcionarios por el Senado, la práctica ha establecido otros más amplios, como el *leadership* en el Congreso del jefe de la mayoría, la distribución de cierto patronazgo a los senadores, todo lo cual constituye el *management* del Congreso por parte del presidente. No por ello, sin embargo, queda lo esencial de la separación de poderes: el jefe del poder ejecutivo no es responsable más que delante de sus electores, y el Congreso, que no puede ser disuelto, tiene la posibilidad de orientar la política presidencialista acordando o rechazando la legislación que el presidente precisa para realizar esta política. El Congreso retiene esta posibilidad y, en los Estados Unidos, la utiliza con frecuencia. En el régimen presidencialista, pues, los conflictos entre el poder ejecutivo y el legislativo son perfectamente normales y en él se quedaría expuesto a una parálisis en toda acción rápida si las dos partes no hicieran un esfuerzo de conciliación.

En la América latina, teniendo en cuenta que una gran parte de la población no se ha integrado plenamente en la sociedad nacional y no puede, en consecuencia, haber adquirido todavía un desarrollado sentido cívico, mientras que en cualquier instante es preciso tomar decisiones que, por su naturaleza, introducirían cambios fundamentales en la estructura social y afectarían a los intereses y a las creencias de un importante sector de la población, puede dudarse que sea posible para un gobierno el conducir una política eficaz si la separación de poderes debiera respetarse y si el Congreso tuviera la libertad plena para rehusar al presidente la legislación que él desea e imponerle otra diferente. Incluso en un país como los Estados Unidos, que posee una larga tradición de vida democrática y cuya integración nacional se encuentra completamente realizada, el régimen presidencialista ha sido durante mucho tiempo incapaz de actuar cuando se ha encontrado en presencia de un problema que, como el de los negros, afectaba a tantas costumbres e intereses; el desenlace de la cuestión del tratado de Versalles es otro ejemplo de los desórdenes que los conflictos del poder ejecutivo y el poder legislativo pueden ocasionar en circunstancias graves.

En la práctica, la América latina se ha visto obligada a evitar una verdadera separación de poderes, al menos en lo que se refiere a las relaciones entre el presidente y el Congreso. Las constituciones han confiado al presidente no sólo unos poderes, tales como la iniciativa legislativa, que facilitan su *leadership* sobre el Congreso, sino también, en la mayoría de los países, las asambleas representativas se han acostumbrado a inclinarse ante la voluntad del presidente. No se trata sólo de un poder ejecutivo, sino de un poder general de gobierno, del que dispone un presidente latinoamericano durante la duración de su mandato. Debido al hecho de esta preponderancia presidencialista y a la debilidad extrema de los *checks and balance* inherentes a la ortodoxia del régimen presidencialista, los regímenes políticos latinoamericanos se asemejan tanto al régimen presidencialista norteamericano como el gobierno de gabinete que en Inglaterra ha derivado del régimen parlamentario.

Por diferentes razones que en Inglaterra, puesto que la disciplina de los partidos no influye en absoluto en la preponderancia del jefe del poder ejecutivo, pero un poco como en Inglaterra, los regímenes políticos latinoamericanos han evolucionado hacia la confusión de poderes o, si la fórmula parece excesiva, hacia una colaboración dirigida por el poder ejecutivo. No por ello es preciso concluir que, como ciertamente ocurre en Inglaterra, las Asambleas constituyan una pieza inútil; el poder de discusión y el de crítica que ejercen, a veces eficazmente, representa un moderador real para la preponderancia presidencialista.

LIMITACION RIGIDA DEL PODER PRESIDENCIAL EN EL TIEMPO

La separación de poderes no se emplea en los regimenes políticos latinoamericanos para limitar la autoridad presidencial. Por el contrario, se esfuerzan de manera enérgica en conservar el carácter democrático de los regímenes y evitar la transformación de la preponderancia presidencialista en dictadura, imponiendo con rigidez un carácter muy temporal al mandato del presidente. En este sentido, el régimen podría calificarse de monocracia temporal. Casi todas las constituciones prohíben la renovación inmediata del mandato presidencial y la de México no la autoriza bajo ningún pretexto. Los presidentes latinoamericanos disponen de poderes muy amplios, pero en ningún país pueden retenerlos por más de seis años.

La América latina se esfuerza, por lo tanto, en todo momento, mediante una transformación del régimen presidencialista, en conseguir un cambio entre las dos necesidades fundamentales y contradictorias, sentidas intensamente: por una parte, la necesidad de proveer al jefe del poder ejecutivo de los medios de gobierno, amplios y libres, que requiere la situación de un país en vías de desarrollo; por otra parte, la necesidad de limitar los poderes de este jefe, en unos países que no se resignan a la arbitrariedad por el mero hecho de ser latinoamericanos. En lugar de limitar el poder presidencial en su contenido a través del contrapeso de las asambleas, como sucede en el auténtico régimen presidencialista, el régimen latinoamericano de preponderancia presidencial limita este poder de manera muy rígida en el tiempo.

Dada la naturaleza de este régimen, debe evitarse considerar el carácter más o menos democrático y liberal y juzgar de la

normalidad de su funcionamiento por la eficacia de los obstáculos que el Congreso oponga a la omnipotencia del presidente. Este criterio, válido para el régimen político de los Estados Unidos, no lo es para los de la América latina.

El peligro de que el poder presidencial se transforme en dictadura es muy grande en la América latina, pero su origen no es la preponderancia presidencial inherente al funcionamiento correcto de este tipo de régimen en los países en vías de desarrollo. Lo fundamental para que el régimen de preponderancia presidencial siga siendo democrático es que haya elecciones, que éstas sean libres y que el presidente deje efectivamente el poder al cabo de cuatro años, sin que pueda imponer un sucesor. Se puede incluso afirmar que el mejor signo del buen funcionamiento de este tipo de régimen reside en el hecho de que salga triunfante en las elecciones un candidato presentado por la oposición a la administración precedente. Este tipo de régimen debe basarse sólo sobre las "monocracias temporales" y además debe promover la aparición de una "alternancia en las monocracias" de diferentes contenidos.

No puede pretenderse que un régimen de semejante naturaleza pueda funcionar sin altibajos ni que los presidentes acepten siempre doblegarse ante la regla de la no reelección. El vicio del régimen lo constituye la tentación de "continuidad": la experiencia de Francia en 1851 nos lo muestra, cuando el príncipe-presidente, no pudiendo conseguir la revisión del artículo 45 de la Constitución, que se oponía a su reelección, llevó a cabo el golpe de estado del que surgió el Segundo Imperio. La "continuidad" se encuentra en la base de la mayoría de las revoluciones latinoamericanas.

La proximidad de la elección presidencial siempre da paso en la América latina a un período delicado. Sin embargo, si consideramos los países más representativos se puede advertir que los males de este período llegan frecuentemente a ser superados. En México desde 1934, en Chile desde 1932, los presidentes han abandonado regularmente su puesto cuando su mandato ha expirado. A pesar de una afirmación frecuentemente repetida, las elecciones en estos países se caracterizan porque las oposiciones han salido victoriosas las más de las veces. Incluso en México, donde la presencia de un partido oficial, cuyo candidato está seguro de su elección, no permite la alternación de partidos, se sucede la continuidad en el poder de tendencias muy diferentes, de derecha, de centro y de izquierda, presentes en un único partido oficial, aunque no monolítico.

LA TERCERA VIA LATINOAMERICANA

Gracias a la alternancia de la autoridad presidencial, poderosa, pero de corta duración, han sido escasas las ocasiones en que el poder se ha ejercido de modo arbitrario en la época contemporánea en los países más avanzados de la América latina: los partidos de oposición están generalmente tolerados; las elecciones, controladas por jueces electorales, son más libres que lo que los vecinos afirman; la prensa ejercita su posibilidad de crítica a la Administración y los tribunales tienen suficiente independencia para hacer respetar las libertades individuales.

El más importante reproche que puede ciertamente dirigirse a estos regímenes es el de haberse mostrado tímidos ante las reformas de estructura, pero no por ello hay motivo para creer que el preservar un amplio margen de democracia política y una auténtica libertad personal se haya adquirido como precio de un freno del desarrollo económico. En una perspectiva amplia, a partir del final de la segunda Guerra Mundial, algunos de los países latinoamericanos han registrado, bajo tales regímenes, un crecimiento relativamente rápido de su producto nacional: 6,2% anual en Brasil; 5,7% en México, y 4,3% en Colombia. No parece que los países que hayan renunciado a la democracia, en la América latina o en cualquier otro lugar, y aceptado métodos totalitarios presenten, en general, mejores resultados.

Desde el punto de vista político, los países de la América latina sintieron a veces la tentación de imitar servilmente las instituciones políticas de los países norteatlánticos, cuyos problemas difieren de los suyos; algunos países, como Cuba, se adaptan hoy al efecto de demostración de las dictaduras comunistas. Pero merced al régimen de preponderancia presidencial que se ha establecido en ella, una parte importante de la América latina se esfuerza por elaborar una tercera solución, entre la vía democrática de los países suficientemente desarrollados y la vía autocrática, que seduce a muchos países subdesarrollados. Estos esfuerzos quizá no tengan éxito, pero se han conseguido ya resultados francamente esperanzadores que permiten concluir que la experiencia política de la América latina no debe despreciarse.

(J. Lambert, *América latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, Barcelona, 1964.)

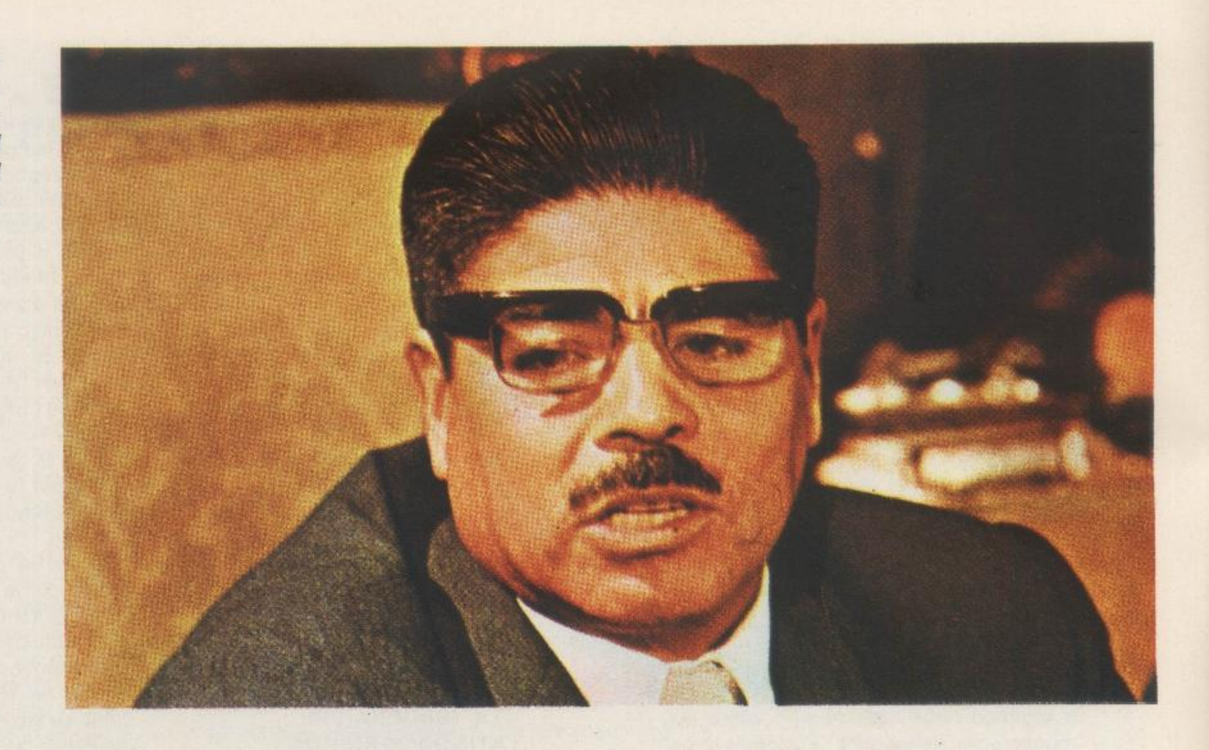
P. G.

aliada con el Perú, sostuvo contra Chile (1879-1883), en la cual perdió la región de la costa del Pacífico, que pasó a Chile y la convirtió en un país interior.

En los primeros veinte años del siglo XX, la nación estuvo regida por elementos liberales, cuyo primer representante, José Manuel Pando, cedió la región de Acre al Brasil (tratado de Petrópolis, 1903). En 1920 ocuparon el poder los republicanos, que tendrían que hacer frente a trascendentales problemas, el primordial de los cuales fue el de la salida de Bolivia al mar, que, imposible de conseguir por el Pacífico, tropezó con el Paraguay al dirigirse hacia los grandes ríos; el resultado de ello fue la guerra del Chaco (1932-1935), fatal para Bolivia.

Los gobiernos inmediatamente siguientes tuvieron que hallar solución a la agitación social provocada por un sistema económico deficiente, que se centraba en los problemas de la explotación del petróleo y de las minas, sobre todo las de estaño; además, en 1943 el general Villarroel, que gobernó dictatorialmente, complicó la situación declarándose adalid del indio, pero sin acertar a conseguir resultados palpables en los demás problemas. Villarroel fue eliminado por una revolución en 1946, que le arrancó del palacio presidencial, le arrastró por las calles y, después de muerto, le colgó de un farol. El deseo de solucionar los problemas planteados lo recogió el Movimiento Nacionalista Revolucionario, dirigido por Paz Estenssoro, que se mantuvo en franca oposición con respecto a los sucesores de Villarroel. En 1951 triunfó Paz Estenssoro en las elecciones, pero no pudo ocupar el poder hasta el año si-

El ex presidente boliviano Juan José Torres, de tendencias socializantes, cuyo mandato fue interrumpido por el golpe de estado que elevó al gobierno al coronel Hugo Banzer.



guiente, tras una revolución que eliminó a la junta militar que había anulado aquellas elecciones.

Al principio, Paz Estenssoro nacionalizó las minas y el petróleo; disolvió el ejército, al que sustituyó por milicias populares; implantó el sufragio universal y la reforma agraria; pero el país experimentó una terrible crisis económica y el presidente, al final de su mandato, se vio obligado a hacer concesiones petrolíferas a compañías extranjeras. Su gobierno, renovado varias veces, y con un paréntesis a cargo de su colaborador Hernán Siles, fue derrocado en noviembre de 1964 por una junta militar que intentó estabilizar la situación política por medio de la elección presidencial del general Barrientos (julio de 1966), aunque el malestar económico y social siguió manifestándose y el gobierno tuvo que hacer frente a las guerrillas que actuaban en las montañas. Se sucedieron en el poder los generales Alfredo Ovando Candía y Juan José Torres; éste, de tendencia socializante, fue derrocado por un golpe de estado que elevó al poder al coronel Hugo Banzer.

La historia de Bolivia, por la que hemos comenzado la de la América latina, presenta claramente las cuatro etapas de evolución de la mayoría de las repúblicas de Hispanoamérica. Tiene su hora corta de gestación constitucional, con ideales democráticos importados. A ésta sigue el período del caudillo, que en Bolivia es Santa Cruz, personalidad vigorosa, buena o mala, que caracteriza el país y lo erige en nación, estableciéndola en el mapa con color diferente. El caudillo es finalmente depuesto; envejece, muere o es asesinado, y empieza el período de los dictadores sin genio, al que sigue el de los gobernantes con preocupaciones sociales. Hemos llamado "dictadores" a aquéllos tan sólo para distinguirlos de los caudillos fundadores y estructuradores de cada país; pero, en realidad, el título que menos les cuadra es el de dictador.

En Roma se llamaba dictador al magistrado que recibía poder personal y absoluto cuando peligraba la existencia de la patria. Rara vez ha ocurrido esto en América. Lo único que ha peligrado y justificado el encumbramiento y sostén de un dictador es el interés de un grupo, más que partido político. Progresistas y moderados, pipiolos y pelucones, azules y amarillos, blancos y colorados, gólgotas y draconianos, crudos y cocidos, conservadores y liberales, hasta unitarios y federales, son nombres de partidos que en la América hispana no representan ideas. Pereyra cita a este propósito una frase del fundador del partido liberal en la Venezuela del siglo XIX, Antonio L. Guzmán: "Yo no sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Supuesto que toda revolución necesita una bandera..., si los contrarios hubiesen dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo". Sarmiento, hablando de la Argentina, viene a decir algo parecido: "Ya que el partido revolucionario se llama *unitario*, no había inconveniente en que el partido adverso adoptase la denominación de *federal*, sin comprenderla" (*Facundo*, III).



El coronel Hugo Banzer, actual presidente de Bolivia, en el centro del balcón, entre el canciller Mario Gutiérrez y el general Remberto Iriarte (de uniforme).

Los dictadores revelaron singular imaginación para los títulos que tenían que darles categoría más que presidencial. Se llamaron: El Fundador, El Ciudadano Esclarecido (Páez), El Ilustre Americano (Guzmán Blanco), El Rehabilitador (Márquez Bustillos), El Defensor (Juan José Flores), El Salvador (Cipriano de Castro), El Supremo (Gaspar Rodríguez Francia), El Benemérito (Juan Vicente Gómez)... Los enemigos les llamaban El Tirano, El Gendarme, el Tigre de los Llanos, El Bagre, El León de los Andes..., pero, repitámoslo: muchas veces estos azotes de Dios eran males inevitables porque no había nada mejor.

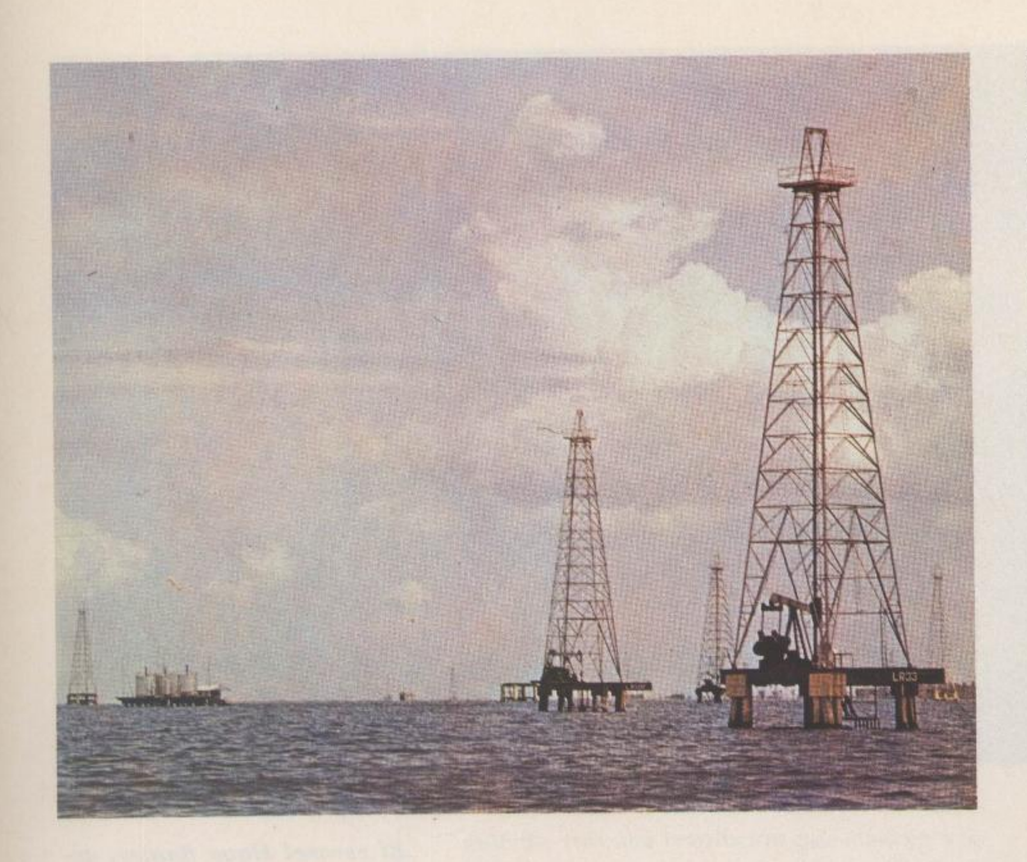
GRAN COLOMBIA

Prosiguiendo esta exploración de la historia de las repúblicas sudamericanas que hemos empezado por Bolivia, apresurémonos a indicar que el grupo que requiere inmediata atención es el que debía formar la que hoy denominamos Gran Colombia, pero nombrada simplemente Colombia (1821-1830). Estaba constituido por toda la región septentrional de Sudamérica con el antiguo virreinato español de Nueva Granada (que es poco más o menos lo que constituye la actual Colombia), la Capitanía general de Venezuela y la Intendencia de Quito (o sea lo que es hoy Ecuador). Éste era el mínimo de lo que deseaba Bolívar para su Gran Colombia, pero no consiguió infundir en los tres países más que efímero sentimiento de patriotismo grancolombiano. Gran Colombia perduró hasta la muerte de Bolívar, en 1830. El fundador no pudo ver su disgregación, pero sí predecir las fatales consecuencias que acarrearía. "¡Unión, unión, o la anarquía os devorará!" No hicieron caso de esta llamada desesperada del Libertador y están aún separados.

La Confederación de la Gran Colombia no era una fantasía romántica de Bolívar. Miranda, de quien ya hemos hablado en otro pasaje de esta obra, había propuesto un estado que comprendiese la totalidad de la América. Nariño, otro precursor, regresó de sus prisiones en Europa con un proyecto de *República de los Estados Equinoccionales de Colombia,* que comprendía aquellas regiones. Parece que para el régimen político del futuro estado, Nariño durante su permanencia en Francia había recibido inspiración de Benjamin Constant y de Destrutt de Tracy.

Alexander von Humboldt, que conocía perfectamente la configuración geográfica de aquella parte del mundo, había sugerido a Nariño una división territorial sumamente ingeniosa. Desde un punto central en los Andes, el país se dividiría en forma de abanico por líneas radiales hasta la costa en seis estados con un puerto en cada uno. Pero Nariño era partidario de la unidad, y estos seis estados debían contentarse con una moderada autonomía, sobre todo en el período de la lucha por la independencia. Juzgaba la idea federal "imaginaria, extemporánea", opuesta en absoluto a la realidad de los hechos.

Sin embargo, la federación obsesionaba



Instalaciones petrolíferas en el lago Maracaibo. Estas explotaciones, que el presidente Juan Vicente Gómez cedió en parte a sus amigos norteamericanos, han hecho aparecer en Venezuela una nueva fuerza, el socialismo, en la masa obrera que en ellas trabaja. Algunos políticos, como el escritor-presidente Rómulo Gallegos, han iniciado una política social que ha chocado con los intereses petrolíferos.

a muchos de los que cavilaban cartas constitucionales en Sudamérica, porque se estaba aplicando con éxito un modelo de ellas en los Estados Unidos. Se echaba con ello a olvido que las trece antiguas colonias inglesas de Norteamérica habían pasado por un aprendizaje de libertad antes de rebelarse contra la metrópoli. Con las cortapisas insignificantes que imponía el gobernador enviado desde Londres –personaje puramente representativo–, puede decirse que ya eran independientes de hecho antes de emanciparse políticamente con la revolución. Además cada colonia inglesa tenía un origen distinto: unas eran de fundación personal, concesiones de un monarca a un magnate, como Maryland o Pennsylvania; otras estaban establecidas por enjambres religiosos que habían emprendido la emigración por su cuenta, como Massachusetts o Connecticut. En algunas de las trece colonias de los Estados Unidos predominaban los católicos; en otras, en cambio, los cuáqueros o los puritanos... No había, pues, otra solución en Norteamérica que federarse para constituir una nación.

En el Sur, en territorios como el de la Gran Colombia, la federación sólo era justificable con razones de mala fe. Se decía que países tan vastos no podían gobernarse desde un centro; pero de lo que se trataba era de abandonar regiones apartadas a pequeños caudillos. Se añadía que faltaban vías de comunicación, como si éstas no fueran tan necesarias para vigilar los excesos de los gobiernos locales como para administrar desde la metrópoli. Además, las colonias inglesas de Norteamérica se habían dado cada una a sí mismas, antes de emanciparse, una Constitución estatal y estaban capacitadas para gobernarse autonómicamente. Nada de esto ocurría en la América hispana: ni en Colombia ni en las tierras del Pacífico.

La disputa entre federales y unitarios no causó en la Gran Colombia luchas tan enconadas como las que suscitó en tierras del Plata, porque había de por medio la cuestión previa de si debían o no permanecer unidos. Dos caudillos: Páez, de Venezuela, y Santander, de Colombia, eran enemigos y, además, ambiciosos. Ambos habían peleado a las órdenes de Bolívar. Páez era un mestizo de indio y español, lancero o picador de manadas de toros que había ascendido a general.

VENEZUELA

Cuando en 1830 un Congreso Constituyente legitimó la separación de Venezuela de la Gran Colombia, Páez fue elegido primer presidente. Se le llamó "Ciudadano esclarecido", "Protector", "Fundador", y en verdad, a pesar de su rudeza, puede decirse que Páez caracterizó a Venezuela. "Yo mandé sin más leyes que mi voluntad. Acuñé moneda; hice todo aquello que puede hacer un rey absoluto." Las virtudes cívicas de Páez equilibran su personalidad de caudillo.

Al terminar el período de su presidencia le sucedió Vargas; a éste le sucedió Soublette, compañero de armas de Páez, quien vol-



El doctor Rafael Caldera, líder de la democracia cristiana y actual presidente de Venezuela, junto a su esposa.

LA AMERICA VISIBLE Y LA INVISIBLE

Existen dos Américas: la visible y la invisible. La América visible, la de los presidentes y las embajadas, se manifiesta por medio de los órganos oficiales, por medio de una prensa controlada. Esta América toma asiento en la mesa de la conferencia de la Unión Panamericana y cuenta con muchos votos en las Naciones Unidas. Existe además la América muda, reprimida, que es un enorme depósito de revoluciones. Ambas Américas son, en apariencia, engañadoras.

La América visible, bajo sus regímenes dictatoriales, hace fervientes protestas de su fe democrática, firma constituciones de libertades, fabrica una serie de artículos para el extranjero y otra para el consumo doméstico. Esta doble personalidad le ha dado una destreza que es casi increíble. A pesar de que en todas partes y en todos los períodos de la Historia ha existido algo de esta misma ruptura entre lo que se dice y lo que se hace, rara vez hubo un contraste tan brutal como el que nos dan los dictadores de la América latina...

Este empleo arbitrario de las palabras ha dado margen a la más grande de las confusiones. Los déspotas emplean la palabra "democracia" para establecer gobiernos como los que se han descrito... El hombre corriente se pregunta si esto puede ser democracia. La misma afirmación resulta verdad en las demás palabras del léxico político: el ejército, la religión, la libertad, el cristianismo, la fe, la república, la justicia, el juez, el presidente, las elecciones, el congreso, el sacerdote, la universidad, la paz, la opinión pública... Volviendo las palabras de dentro afuera, los dictadores destruyen el medio natural de comunicación entre el pueblo... Existen la paz y el orden, porque nadie puede hablar, criticar, oponerse o reunirse con sus compañeros en asamblea...

Teóricamente, se diría que la América latina es un campo fértil para el comunismo. Sin embargo, es asombroso el reducido número de adictos que ha hecho ese partido... Francia tiene un número de comunistas mucho mayor que toda la América latina, no obstante el hecho de que la gente de ésta, mal alimentada, mal vestida, mal alojada y mal tratada, se halla en un contacto mucho más estrecho con el capitalismo de su convecino de la puerta próxima. ¿Por qué razón no logra prender aquí el comunismo? Porque en la América latina la sed de libertad es tan grande como la sed de justicia. Porque hay un sentido de orgullo nacional. El mexicano quiere ser el amo de su propia casa, no el lacayo de Moscú...

Lo mismo que la América visible, la América invisible miente. La gente modesta sabe que no puede decir lo que piensa y las clases superiores lo han aprendido también... En la América invisible, donde una inmensa mayoría de la población vive con el frío aliento del terror sobre su cuello, la menor palabra puede traer represalias. El papel de la prudencia consiste en mantenerse callado, en usar una máscara. Un profundo silencio reina allí donde las ametralladoras ocupan el campo. La vida sigue bajo la cubierta de frases convencionales, del servicio de los labios, de los votos arrancados... Nadie sabe con exactitud lo que estos 150 millones de hombres y de mujeres callados piensan, sienten, ensueñan o esperan en las profundidades de su ser...

El capital indígena huye de la América latina. Únicamente han encontrado refugio las grandes fortunas en Montevideo y ciudad de México. Si fuera conocida con exactitud la cifra de fondos latinoamericanos que hay en depósito hoy en los bancos de Nueva York y de Suiza, se llegaría a la conclusión de que la América latina posee todo el capital que necesita. Incluso el capital es invisible en América...

Con dos Américas, la visible y la invisible, cada una con doble personalidad, tenemos una región de complejidades atravesadas de reservas, recelo, resentimiento, cansancio y medios. Existen unas palabras que levantan una reacción inconmensurable en aquellos que han salido de un mundo colonial: "la intervención"... Y a través de todo el hemisferio, al fondo, permanece el pueblo. El día en que éste pueda hacerse oír surgirá acaso un fuego devorador o un torrente de luz.

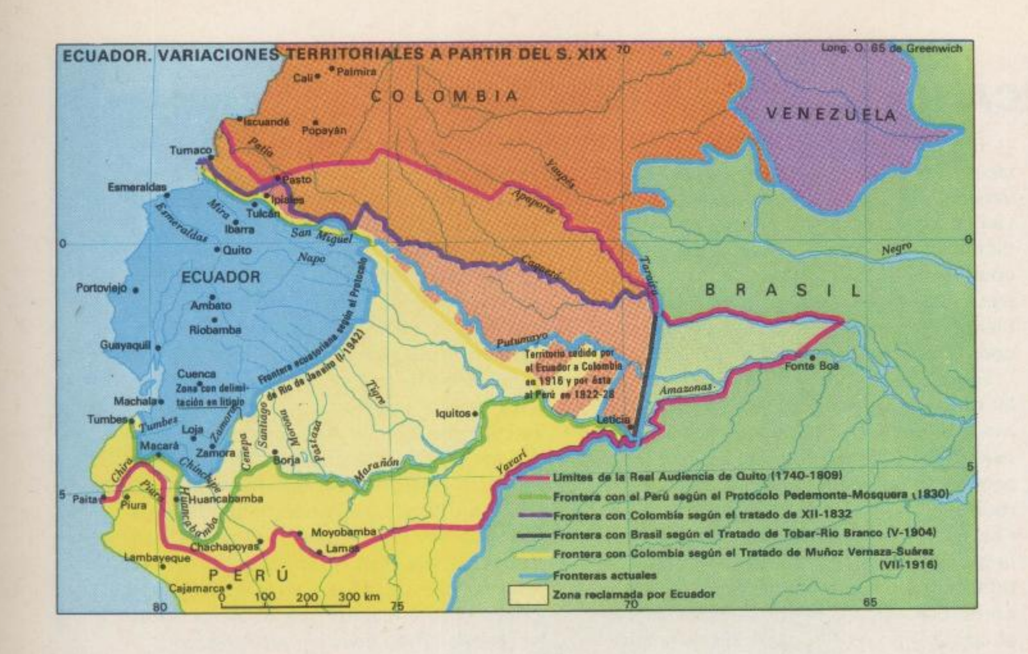
(G. Arciniegas, en *América latina (Continente en fermentación)*, Madrid, 1961, de L. Hanke.)

P. G.

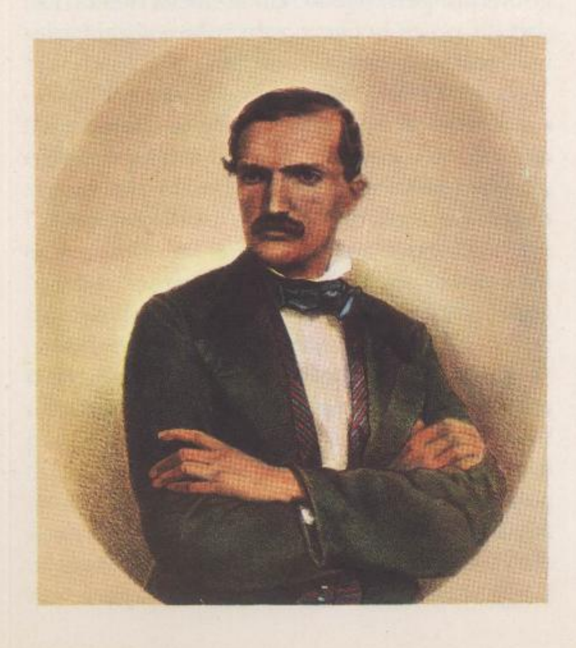
vió a ocupar otras dos veces la presidencia y en el interregno había influido en la elección de Monagas. Es inútil entretenerse en estos y otros presidentes, pero tenemos que mencionar un hombre verdaderamente superior, elevado a la presidencia de Venezuela en 1870, don Antonio Guzmán Blanco. Con procedimientos francamente dictatoriales gobernó prudentemente durante veinte años. Insistió como muchos dictadores en la educación: quería una escuela en cada calle. Algo consiguió, aunque no tanto como se proponía, y el país se fue acostumbrando al despotismo ilustrado, antesala del despotismo sin ilustración.

Después del gobierno del general Castro, "el caudillo de la guerra", aparece Juan Vicente Gómez, "el caudillo de la paz" según algunos historiadores venezolanos, quien estableció un gobierno policíaco absoluto que le permitió concentrar en sus manos todas las riendas del poder políticas y económicas (cesión de las concesiones petrolíferas a sus amigos norteamericanos). El general López Contreras quiso, a la muerte de Gómez, en 1935, reinstaurar las bases normales del gobierno, pero chocó con la nueva fuerza del socialismo en la masa trabajadora surgida de las explotaciones petrolíferas.

La política desarrollada después en Venezuela ha sido la lucha entre esta fuerza y el ejército. Así, en 1945 se quiso volver a la regla democrática, y las elecciones dieron el triunfo al escritor Rómulo Gallegos, quien inició una política social que chocó con los intereses de los grandes terratenientes y de la gran industria petrolífera, y fue derribado al poco tiempo por otra sublevación militar. Después de un interregno en que gobernó un militar de academia, Carlos Delgado Chalbaud, que murió asesinado, le sucedió un triunvirato de escasa duración. De 1950 a 1958 gobernó el coronel –luego general– Marcos Pérez Jiménez, que favoreció el progreso material del país, alentando las inversiones extranjeras y dejando a un lado cualquier ve-



leidad de progreso político. Los jóvenes oficiales del ejército le obligaron a desterrarse, y unas nuevas elecciones dieron el poder a Rómulo Betancourt. Su prudente reformismo le permitió mantenerse hasta las elecciones de 1964, en que fue elegido, como continuador, el doctor Raúl Leoni, pero también en Venezuela los descontentos de la montaña crearon un movimiento insurreccional inspirado en el castrismo cubano. En 1969 asciende democráticamente al poder el doctor Rafael Caldera, líder de la democracia cristiana, persona de gran preparación, quien inicia prontamente una amplia política de pacificación que acaba con la acción guerrillera y orienta al país por nuevos cauces de convivencia.



El estadista ecuatoriano Gabriel García Moreno (Biblioteca Nacional, París), presidente de 1860 a 1875, que intentó establecer un régimen muy conservador, casi confesional, en el país.

ECUADOR

Ecuador también se separó de la Gran Colombia en 1830. Su primer presidente, el que hizo el servicio de Caudillo Fundador, Padre de la Patria, etc., fue otro compañero de Bolívar, Juan José Flores. Gobernó desde 1831 hasta 1845, con períodos de interregno. Flores quería aplicar en su provecho algunos de los principios que había propugnado Bolívar: presidencia de ocho años con reelección y Senado por doce años, casi inamovible.

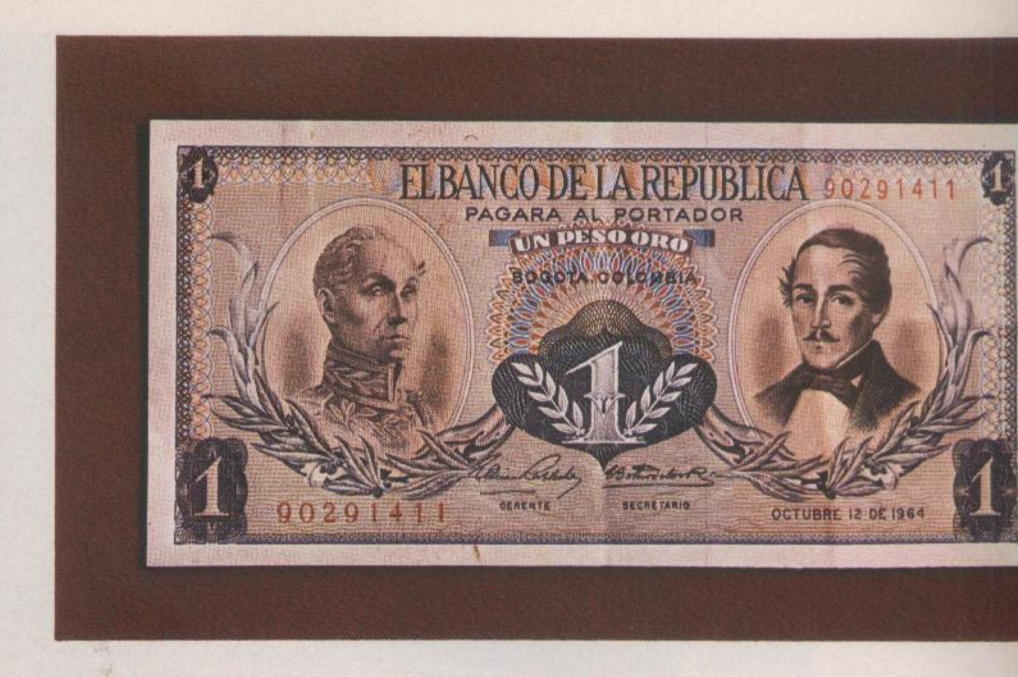
Siguieron algunos presidentes de la categoría de los bienintencionados-apáticos, hasta que García Moreno ocupó la presidencia. Duró desde 1860 a 1875. Había empezado como periodista polémico y acabó como tal. Permitió que le atacaran con folletos calumniadores que soliviantaron a la opinión. Al morir asesinado en la plaza de Quito, uno de sus detractores, el publicista Juan Montalvo, pudo decir con verdad: "Mi pluma lo mató".

García Moreno intentó establecer un régimen muy conservador, prácticamente confesional, pero concebido un poco a la antigua. Muy a menudo los caciques sudamericanos han levantado como bandera a la Iglesia católica, pero al mismo tiempo han intentado reducirla a organismo gubernamental, independizarla de Roma. Han querido una Iglesia nacional, más que universal; García Moreno no cayó en este error. "La Iglesia –dijo– debe marchar al lado del poder civil, con eterna independencia." Para el caudillo del Ecuador, la civilización sólo podía ser católica; se diluía o impurificaba al disminuir su catolicismo. Leía la *Imitación de Cristo* antes de decidir asuntos de estado; consagró el Ecuador al Sagrado Corazón; llamó a jesuitas alemanes para reformar la enseñanza; persiguió el vicio, la inmoralidad sexual, restableció la pena de muerte...

Desaparecido García Moreno, el Ecuador entró en otro período de luchas enconadas entre liberales y conservadores, capitaneados los primeros por Eloy Alfaro, quien, tras una revolución, halló la muerte a manos de las turbas en 1912. Durante toda esta época y la siguiente se procuró la democratización del país estableciendo leyes que autorizaban el divorcio, el matrimonio civil, etc. Hasta 1926, con el presidente Isidro Ayora, no se inició la política de reconstrucción nacional; después se ha prolongado la lucha entre aquellos dos partidos políticos, y en ella han sobresalido los varios mandatos de Velasco Ibarra. Finalmente, con el triunfo de Ponce Enríquez (1956) alcanzaron de nuevo el poder los conservadores, pero Velasco Ibarra fue de nuevo elegido en 1960.

En noviembre de 1961, un movimiento político en contra de Velasco Ibarra, que ejercía un mando personalista, le obligó a dejar el poder en manos del vicepresidente Arosemena. Pero las veleidades revolucionarias de éste dieron pretexto a una junta militar, que le desposeyó en julio de 1963. Los años posteriores se vieron agitados hasta estabilizarse en el restablecimiento del régimen civil, con Otto Arosemena como presidente (1966), con Asamblea Constituyente y una nueva Constitución (1967).

Fue elegido de nuevo Velasco Ibarra, pero, siempre derrocado, no ha podido terminar ninguno de sus mandatos. Recientemente fue víctima de un golpe de estado y asumió el poder el general Guillermo Rodríguez Lara.



COLOMBIA

Pasemos a la tercera de las secesiones de la Gran Colombia. Ésta era la región que durante el régimen colonial se llamaba Nueva Granada. Su caudillo fundador y primer presidente fue Francisco de Paula Santander (1832 a 1837), amigo y confidente de Bolívar hasta que éste en 1827 interrumpió todo trato con él. Era hombre de bufete, de educación civil, a quien se hace responsable del carácter "cívico y legalista" que toman las dictaduras en Colombia. Al deshacerse la confederación se lanzó una chirigota que pareció en otro tiempo profecía: Venezuela, Ecuador y Colombia serán "un cuartel, un convento y una escuela".

A su muerte se inician las guerras civiles, provocadas por leyes contra la Iglesia y las ambiciones personales. Entre 1843 y 1886 se promulgaron varias Constituciones, reflejo de la lucha que sostenían conservadores y liberales en defensa de sus ideales de federalismo o centralismo; así, en 1858, bajo la presidencia de Mariano Ospina, se promulgó una Constitución federal por la cual el país recibió el nombre de Confederación Granadina, y en la de 1886, bajo el mando de Rafael Núñez, se pasó al centralismo y a la colaboración del estado y la Iglesia; desde entonces la nación se llama República de Colombia.

Durante el mandato de Sanclemente se produjo la secesión de Panamá: el tratado Herrán-Hay, que cedía a los Estados Unidos una franja de Panamá para abrir un canal que pusiera en comunicación los océanos Atlántico y Pacífico, fue rechazado por el Congreso; ello agrió las relaciones entre las Repúblicas colombiana y estadounidense, y al final Panamá, ayudado y estimulado por los Estados Unidos, se declaró independiente; los roces con la República norteamerica-

Arriba, billete de un peso colombiano en que están representados, a la izquierda, Simón Bolívar, el Libertador, y, a la derecha, Francisco de Paula Santander, fundador y primer presidente de Colombia. Abajo, Alberto Lleras Camargo (a la izquierda), estadista liberal colombiano que suscribió con Laureano Gómez, líder conservador, el pacto de Sitges (de la ciudad española en que residía Gómez y en la que se entrevistaron ambos jefes), por el cual se alternarían en la presidencia, durante dieciséis años, representantes de ambos partidos políticos al frente de un gobierno de coalición, saludando a Misael Pastrana Borrero, actual presidente de Colombia, con el cual finaliza la vigencia de aquel pacto.





Plaza de Colón, en la ciudad de Tacna. Después de la guerra entre Perú y Chile, llamada del Pacífico, por la paz de Ancón (1883) Perú hubo de ceder a Chile las provincias de Arica, Tacna y Tarapacá. Tacna fue incorporada al Perú por el tratado de Lima (1929), junto con una indemnización de seis millones de pesos.

na no quedaron eliminados hasta la presidencia de Carlos E. Restrepo.

Entre 1904 y 1930 se sucedieron en la presidencia miembros del partido conservador, que impulsaron las obras públicas. De 1930 a 1946 gobernaron los liberales, cuyos representantes más notables fueron Alfonso López (1934-1938 y 1942-1945), que impidió la guerra entre Colombia y Perú por cuestión de límites, y Eduardo Santos (1938-1942), que firmó el tratado colombiano-venezolano de fronteras. La política social del segundo mandato de Alfonso López provocó descontentos y una sublevación militar que le hizo prisionero; puesto en libertad, dimitió y le sucedió Lleras Camargo. Los conservadores, con Ospina Pérez, triunfaron en 1946. Hubieron de hacer frente a una grave agitación social (asesinato del líder Jorge E. Gaitán), con motines y luchas tanto en las ciudades como en el campo.

Durante la presidencia de Laureano Gómez, salido triunfante de unas elecciones a las que no se presentaron los liberales, se desencadenó la guerra civil, que puede considerarse como la más sangrienta de la historia de Colombia. Por último, un movimiento militar le derribó en 1953 y colocó en la presidencia al general Rojas Pinilla, que consiguió justificar y aun renovar su nombramiento mediante una Asamblea formada por él mismo. Rojas Pinilla transformó su gobier-



Bombardeo de El Callao por la escuadra española, en cuadro de Monleón (Museo Naval, Madrid). Bajo la presidencia de Prado, el Perú entró en guerra con España, cuya escuadra atacó este puerto fortificado.

El general Juan Velasco Alvarado, primer magistrado del Perú.

no en una dictadura, con supresión de las garantías constitucionales y persecución de la prensa. En 1957 fue eliminado del poder, y los partidos conservador y liberal, capitaneados por Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, suscribieron el llamado pacto de Sitges, de la ciudad española en que residía Gómez y en la cual se entrevistaron ambos jefes.

El pacto establecía una tregua política de dieciséis años, durante los cuales alternarían en la presidencia representantes de los dos partidos, con gobiernos de coalición. Al liberal Lleras Camargo, elegido en 1958, sucedió en 1962 el conservador León Valencia, y en 1966 otra vez un liberal, Lleras Restrepo. Rige actualmente el país Misael Pastrana Borrero, con quien finaliza la vigencia del pacto de Sitges entre conservadores y liberales. Las fuerzas de Rojas Pinilla (ANAPO) han cobrado fuerza en la sociedad colombiana. Además, el malestar social en el campo y la agitación en las ciudades están amenazando el sistema.



PERÚ-CHILE

Las dos repúblicas del Pacífico, Perú y Chile, además de conflictos constitucionales

Monumento en Santiago de Chile al general Bulnes, triunfador del Perú y Bolivia en la guerra del Pacífico y presidente de la República.





Monumento erigido en la costanera de Puerto Montt a Manuel Montt, presidente de Chile en 1851 y reelegido en 1856, que llevó a cabo una gran labor cultural y social en el país.

tuvieron dificultades de fronteras y prejuicios de casta social. En el Perú, la sombra de Bolívar acaso impidió que hasta el año 1845 no se manifestara el caudillo que debía personificar al país. Fue un veterano de las guerras de Independencia que había peleado al lado de Sucre en Ayacucho. Se llamaba Ramón Castilla y los comentaristas están unánimes en aprobar su obra civilizadora.

El gobierno e influencia de Ramón Castilla en el Perú perduraron hasta 1862. Después gobernó el coronel Mariano Ignacio Prado, y bajo su mando el país entró en guerra con España, cuyos buques bombardearon el Callao. El episodio desgraciado de la guerra con Chile, en la que el Perú fue derrotado a pesar del heroísmo de sus soldados, perdió la provincia de Tarapacá y hubo de consentir la ocupación de los territorios de Tacna y Arica, derivó hacia una situación económica muy deficiente, que sólo pudo aliviarse mediante créditos extranjeros.

La segunda presidencia de Nicolás de Piérola (1895-1899) se dedicó a la recuperación

económica de la nación y a suavizar las relaciones con Chile. Los gobiernos siguientes procuraron fomentar las obras públicas, la enseñanza y la industrialización del país. El segundo mandato del presidente Leguía abrió las puertas a la aportación de capitales extranjeros; fue derribado por una sublevación (1930) dirigida por Sánchez Cerro, cuya candidatura a la presidencia triunfó en las elecciones. Asesinado éste, ejerció el mando el general Oscar R. Benavides, que se apoyó en el partido conservador.

En las últimas décadas, la política peruana gira en torno al partido APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), fundado por Haya de la Torre, de tendencia indigenista y socializante. La oligarquía conservadora y el ejército se esforzaron en mantener el *aprismo* lejos del poder y lo consiguieron bajo los gobiernos de Manuel Prado y Manuel A. Odría. Con un programa más moderado, Haya de la Torre logró ser elegido presidente en 1962, pero un golpe militar le impidió ocupar el cargo; en las elecciones del año siguiente, el triunfo fue para Fernando Belaúnde Terry, que contaba con las simpatías de los *apristas*. Su problema de frontera con el Ecuador se ha sometido a la O.E.A. Un golpe militar, con oficiales de alta preparación académica, derrocó al presidente Belaúnde. Rige los destinos del Perú el general Juan Velasco Alvarado. Como otros países andinos, también Perú se vio perturbado por las guerrillas.

En Chile el problema político ha sido algo distinto al de las otras repúblicas sudamericanas, pues la lucha por el poder ha estado planteada entre el presidente y el Congreso más bien que entre partidos políticos. Tras la partida de O'Higgins, durante ocho años se disputaron el poder liberales y conservadores, hasta que el general Prieto trunfó y fue presidente (1831-1841). La política interior estuvo dirigida por Diego Portales, un conservador sin lirismos, inteligente y activo, pero que murió asesinado.

Durante el mando del general Prieto se llevaron a cabo trascendentales medidas interiores para estimular la economía del país y reorganizar su administración; la política exterior fue de oposición al mariscal Santa Cruz y su Confederación Boliviano-Peruana; desencadenada la guerra, triunfaron las fuerzas chilenas del general Bulnes, quien fue elegido presidente. Su actuación se caracterizó por el impulso que dio al país.

Ayudaron al desarrollo cultural y social de Chile un numeroso grupo de emigrados, entre los que descuellan Andrés Bello, de un modo eminente, y Domingo Faustino Sarmiento. Manuel Montt, el sucesor de Bulnes, fue un presidente que se preocupó grandemente de la nación.



Arriba, Arturo Alessandri Palma, presidente de Chile en tres ocasiones (1920-1924, 1925, 1932-1938), cuya obra fue de magna trascendencia en el aspecto social. Abajo, Salvador Allende, actual presidente de Chile, que realiza una avanzada política de socialización económica.



SITUACION POLITICA DE LA AMERICA LATINA

Es fácil comprender las dificultades políticas por las cuales atraviesa el Continente de la Esperanza. Un círculo vicioso ha venido encerrando el debate entre dos formas de gobierno: la autocracia, que superpone como fuerza mecánica de aglutinación el poder personal de algunos jefes o caudillos en beneficio de pequeños grupos, o la democracia, con asiento en la voluntad del pueblo y determinación de servir los intereses de la comunidad, pero débil en su estructura y poco eficiente en su funcionamiento.

Un largo calvario ha sido la historia política de la mayoría de las repúblicas latinoamericanas. Una cruenta guerra de independencia abrió el camino de la libertad, pero dejó también como subproducto el fácil recurrir a la violencia. El gobierno despótico ha aparecido una y otra vez como fórmula para resolver situaciones inmediatas; su duración y su eficacia han dependido en mucho de las condiciones personales de cada déspota y de contingencias ambientales, pero ninguna autocracia ha logrado resolver, ni aun teniendo larga vida y dilatadas posibilidades de acción, ninguno de los problemas fundamentales: educación, salud, vivienda, empleo o alimentación popular. La democracia constituye no sólo una ambición, sino propósito firme en la voluntad de nuestros pueblos. Las tiranías no han podido mantenerse en paz sino aparentemente; la decisión inequívoca de nuestra gente ha sido, una y otra vez, la de conquistar la libertad y mantener un régimen de gobierno institucional. Por este objetivo se ha derramado sangre, se han ofrendado vidas, se han soportado prisiones y exilios, se ha entregado la generosa contribución de las mejores existencias...

Se ha dicho y se dice que el sistema democrático no es propio para pueblos mestizos ni siquiera para las comunidades ibéricas de Europa; que sólo la madurez de los anglosajones es adecuada para mantenerlo. Quienes lo afirman parecen olvidar que cuando en 1215 Juan Sin Tierra pactó con los barones ingleses, ya los españoles llevaban varios siglos aplicando, en los fueros, principios sólidos de democracia, y que el mismo siglo de la *Carta Magna*, Alfonso el Sabio enriquecía la cultura jurídica del mundo con el monumento perdurable de las *Siete Partidas*.

Los episodios de la lucha política por el ejercicio del poder y las controversias entre el sistema monárquico y el republicano en Inglaterra no estuvieron exentos de los episodios que la crueldad y la ambición han puesto en el combate en todas partes. Y los pueblos de América latina han demostrado, cada vez que han tenido ocasión propicia para ello, su comprensión de la libertad y su aptitud para el ejercicio del sufragio.

Lo que ocurre es que, interrumpida una y otra vez la normalidad del proceso, su ejercicio demanda hoy esfuerzo extraordinario. Hay que mantener la libertad, al mismo tiempo que es preciso defenderla contra quienes buscan valerse de la inexperiencia colectiva para aplicar sistemas que, a la derecha o a la izquierda, desconocen el valor de la persona humana y pretenden aniquilarla ofreciendo alternativamente orden o bienestar. Hay que mantener en el pueblo la fuente del poder, al mismo tiempo que se desarrolla un urgente programa educativo que lo haga cada vez más apto para ejercer esta responsabilidad (lo que dijo Sarmiento: "El pueblo es el soberano; hay que educar al soberano"). Pero, fundamentalmente, hay que transformar las estructuras para que el ingreso nacional aumente considerablemente y se distribuya mejor; para que cada uno pueda obtener trabajo y, mediante él, la satisfacción de las necesidades primarias en nivel adecuado.

Las corrientes democráticas en América latina se debaten entre un mar de contradicciones, no sólo de carácter político, sino económico y social. La democracia tiene que demostrar que el camino para encontrar la justicia y el bienestar de las clases populares es el de la libertad y del derecho. Pero esa demostración es, más que urgente, inaplazable. No hay que esperar el argumento de que hagan la prueba con los otros sistemas, porque la experiencia de los daños causados puede resultar irreversible. Han probado ya la dictadura personal reaccionaria y saben lo que eso significa; no han probado aún la dictadura sedicente "popular"; el ejemplo de Cuba se confunde en la maraña de la propaganda, y la prueba directa no podría evidenciarse sino al cabo de quién sabe cuánto tiempo y Dios sabe a qué precio. La consistencia del apoyo popular al experimento democrático actual de Venezuela, azotado por dificultades económicas y atacado encarnizadamente desde los reductos de la extrema derecha y los comandos de la extrema izquierda, es muestra promisora de la conciencia cívica en nuestras comunidades. Mas para conservarla y acrecerla se requiere traducir en obras cuya magnitud excede a nuestros recursos la indispensable voluntad de servicio.

(R. Caldera, *Ideario. La democracia cristiana en América latina,* Barcelona, 1970. El texto es un fragmento de la conferencia intitulada "Latinoamérica, prueba crucial para la civilización cristiana", dada en la universidad de Georgetown el 27 de junio de 1962.)

P. G.

Bajo la presidencia de José Joaquín Pérez se concedieron algunas libertades políticas y, algo más tarde (mandato de Errázuriz), se limitaron un tanto las facultades del presidente. En esta época se desarrolló la guerra del Perú contra España, en la que aquél fue ayudado por Chile. La escuadra española bombardeó el puerto de Valparaíso en 1866; al año siguiente se firmó una tregua, pero la paz definitiva no se estableció hasta doce años más tarde. En 1879, siendo presidente Aníbal Pinto, estalló la guerra llamada del Pacífico contra Bolivia, ayudada por Perú, en la cual las tropas chilenas llegaron hasta Lima.

Por el tratado de Ancón (1883), la provincia peruana de Tarapacá pasaba a poder de Chile, así como los territorios de Tacna y Arica, que estarían ocupados durante diez años; esta ocupación se fue prorrogando hasta que la cuestión se resolvió definitivamente en 1929, año en que el Perú recobró la región de Tacna. Por la tregua con Bolivia (1884), esta nación cedía a Chile el territorio de Antofagasta.

En 1886 resultó elegido presidente Juan Manuel Balmaceda, una de las más sobresalientes figuras de la historia americana, quien gobernó apoyándose en las fuerzas liberales. Su época fue de gran prosperidad: insistió en las reformas sociales, tolerancia religiosa y autonomía municipal. Construyó ferrocarriles, diques y puertos; llamó a profesores extranjeros y fundó escuelas de minería y agricultura.

Pero Balmaceda era partidario de la supremacía del presidente sobre el Congreso, y por eso la lucha fue inevitable. "Hombre de ideas personales, quiso sobreponerse a la oligarquía parlamentaria", dice Carlos Pereyra. En 1890, el Congreso no aprobó el presupuesto para gastos. Balmaceda prorrogó el del año anterior. Los oligarcas se adueñaron de la escuadra y, por medio de ella, del salitre. Balmaceda, solo y abandonado, se refugió en el edificio de la Legación Argentina, donde se suicidó. Antes de morir escribió una carta a sus amigos, que se menciona siempre como su testamento político. Declara terminantemente que, mientras subsista un régimen parlamentario como el que los partidos establecerán después de su muerte, no habrá en Chile libertad ni paz.

En el período siguiente, en que dominaron los conservadores, se fueron planteando nuevos y graves problemas políticos y sociales. Las clases media y trabajadora pedían intervención en el gobierno, y por fin lograron en 1920 elevar su candidato a la presidencia: Arturo Alessandri (1920-1924, 1925, 1932-1938). En el aspecto social, su obra fue de magna trascendencia, pues hizo de la legislación social la primera del continente. Una intervención militar le hizo renunciar al poder, pero otra le llamó de nuevo; por la Constitución de 1925, el presidente adquirió la máxima autoridad en la nación. Los gobiernos posteriores, durante los cuales la economía sufrió bastante, fueron dictatoriales y presenciaron impotentes el aumento de la influencia del partido obrero, que logró hacer triunfar de nuevo a Arturo Alessandri, quien regeneró la economía y consolidó las instituciones civiles; durante esta época se formó el Frente Popular.

En las siguientes elecciones este partido elevó al poder a Pedro Aguirre Cerda, con el cual se llevaron a la práctica ideas izquierdistas y se impulsó la industrialización de Chile. Idéntica política mantuvieron Juan Antonio Ríos (1942-1945) y Gabriel González Videla (1946-1952). Los independientes hicieron triunfar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), que ya había gobernado, apoyado por el ejército, en 1927-1931, a quien sucedió Jorge Alessandri Rodríguez, y a éste Eduardo Frei, elegido en 1964, todos ellos de tendencia moderada; este último intentaría poner en práctica un programa de reforma agraria inspirado en las ideas de la democracia cristiana.

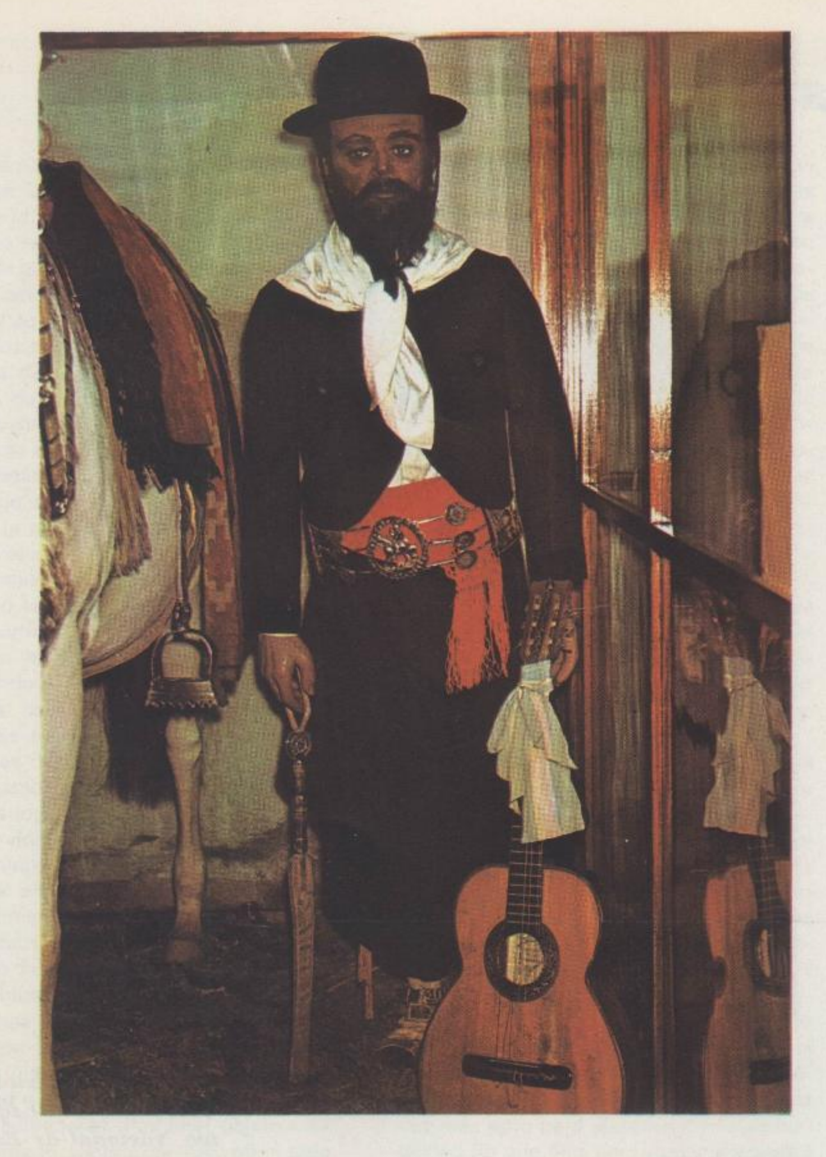
Desde 1970 está en el poder el primer gobernante marxista que por elección democrática alcanza la primera magistratura de un país, Salvador Allende, quien realiza una avanzada política de progresiva socialización de la vida económica chilena.



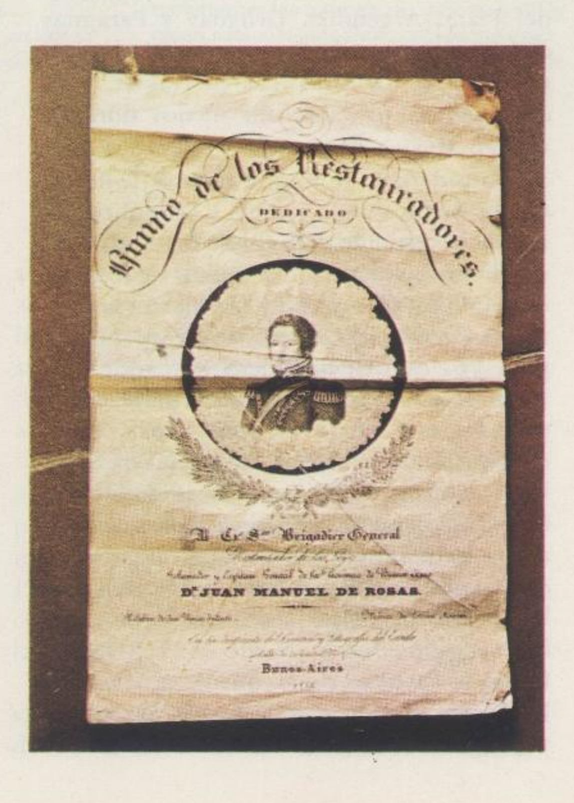
Bernardino Rivadavia, por Antonio María Esquivel (Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires). Rivadavia fue el verdadero fundador de la República Argentina; de ideas liberales, uno de sus mayores empeños para el engrandecimiento del país fue el de fomentar la inmigración de extranjeros.

ARGENTINA

Por fin nos toca hablar de las repúblicas del Plata: Argentina, Uruguay y Paraguay, que formaban en la época colonial el virreinato de Buenos Aires. Las guerras de la Independencia tuvieron allí menos duración que en México, Venezuela y el Perú. España no consideraba de importancia aquellos terrenos baldíos de la Pampa y las pobres minas de la vertiente oriental de los Andes. Los conflictos bélicos no fueron allí una escuela de caudillos, y Belgrano y San Martín se eclipsaron cuando era necesario reorganizar el país. Por esto el verdadero fundador de la República Argentina fue un hombre cultísimo para su tiempo, sin sectarismos ni ambición personal: Bernardino Rivadavia. Se le ha llamado *girondino* porque era de ideas liberales y pretendió reducir la Iglesia católica a la posición de simple instituto religioso, secularizando los cementerios y proclamando la libertad de cultos y de conciencia. Estos hechos acontecían en el año 1825. Rivadavia fundó la Facultad de Medicina, el Museo, la Biblioteca Nacional, escuelas de Agricultura y colegios femeninos.



Maniquí con la vestimenta típica del gaucho (Museo Histórico y Colonial de Luján). Tras el mando de Rivadavia se produjo el encumbramiento de caudillos locales, entre los que sobresalieron los gauchos de la Pampa, hombres que han sido objeto de predilección por parte de los artistas argentinos.



Portada de la edición de 1835 del "Himno de los Restauradores", dedicado a Juan Manuel de Rosas (Museo Histórico y Colonial de Luján). El caudillo de Buenos Aires fue Juan Manuel de Rosas, adalid del federalismo argentino que con sus actos contribuyó a unificar la Argentina.

Era un ferviente convencido de la necesidad de "dejarse explotar" por el Viejo Mundo, de dejarse penetrar por el comercio y la inmigración europeos. Empezó la política de atraer extranjeros, destinada con el tiempo a hacer grande a la República Argentina. Alberdi concretó esta táctica de Rivadavia en la fórmula exacta aplicada a la Argentina: "Gobernar es poblar".

Pero los beneficios de la política de Rivadavia sólo debían ser apreciados de momento en Buenos Aires, ya que era el puerto por donde afluían gentes y mercancías, con la consiguiente ruina de algunas industrias primitivas establecidas en las ciudades del interior. Así, la inmigración e importación desmoralizaban por completo la economía colonial sin producir beneficios apreciables para los criollos que vivían en regiones alejadas de la costa.

Las provincias acabaron por rebelarse contra la acción civilizadora demasiado rápida de Rivadavia, y el gran hombre tuvo que emigrar. En 1826 se había promulgado una Constitución unitaria; las provincias exigían la federación. Este movimiento, reaccionario si se quiere, pero esencialmente argentino, produjo el encumbramiento de caudillos locales, que se distribuyeron el país y lo explotaron sin más derecho que su audacia ni más freno que su capricho. En el fondo de la Pampa aparecieron los extraordinarios personajes gauchos, los Aldao, López y Quiroga, cuyas hazañas hacen estremecer.

Los escritores argentinos han tenido cierta predilección por el gaucho bravío, fuerte y atrevido, capaz de todo esfuerzo, que ha encarnado hasta cierto punto el modo de ser de la naturaleza americana. A los ojos de artistas, literatos y pensadores tenía la legitimidad de ser el término de elogio en el famoso enunciado de Sarmiento: civilización y barbarie.

En la antigua Buenos Aires, el caudillo federal fue el famoso tirano Juan Manuel de Rosas. Se bañó en sangre, asesinó a sus propios amigos, no tuvo piedad de nadie ni pudo concebir lo que podía ser la administración de justicia en un país civilizado. Al principio ahorcaba a sus víctimas, y por esto sus esbirros formaban un cuerpo de seguridad llamado la *mazorca* (más horca), pero después mandó forjar unos cuchillos curvos especiales y ejecutaba los asesinatos por degüello.

Rosas pretendió mantenerse como defensor del sistema federal; el grito de sus secuaces era: "¡Viva la federación, mueran los salvajes unitarios...!". ¡Rivadavia, Belgrano, Alberdi, salvajes! El terror de Rosas y de los caudillos de la Pampa se mantuvo desde 1831 hasta 1853; sin embargo, el país progresó por el crecimiento natural de América hasta



Monumento a la Bandera, en Rosario. El general Urquiza, vencedor de Rosas, estableció la capital de la nación en Rosario, ante lo cual Buenos Aires se declaró independiente bajo el mando de Mitre, quien, unificada de nuevo la República y nombrado presidente, continuó la obra de Rivadavia.

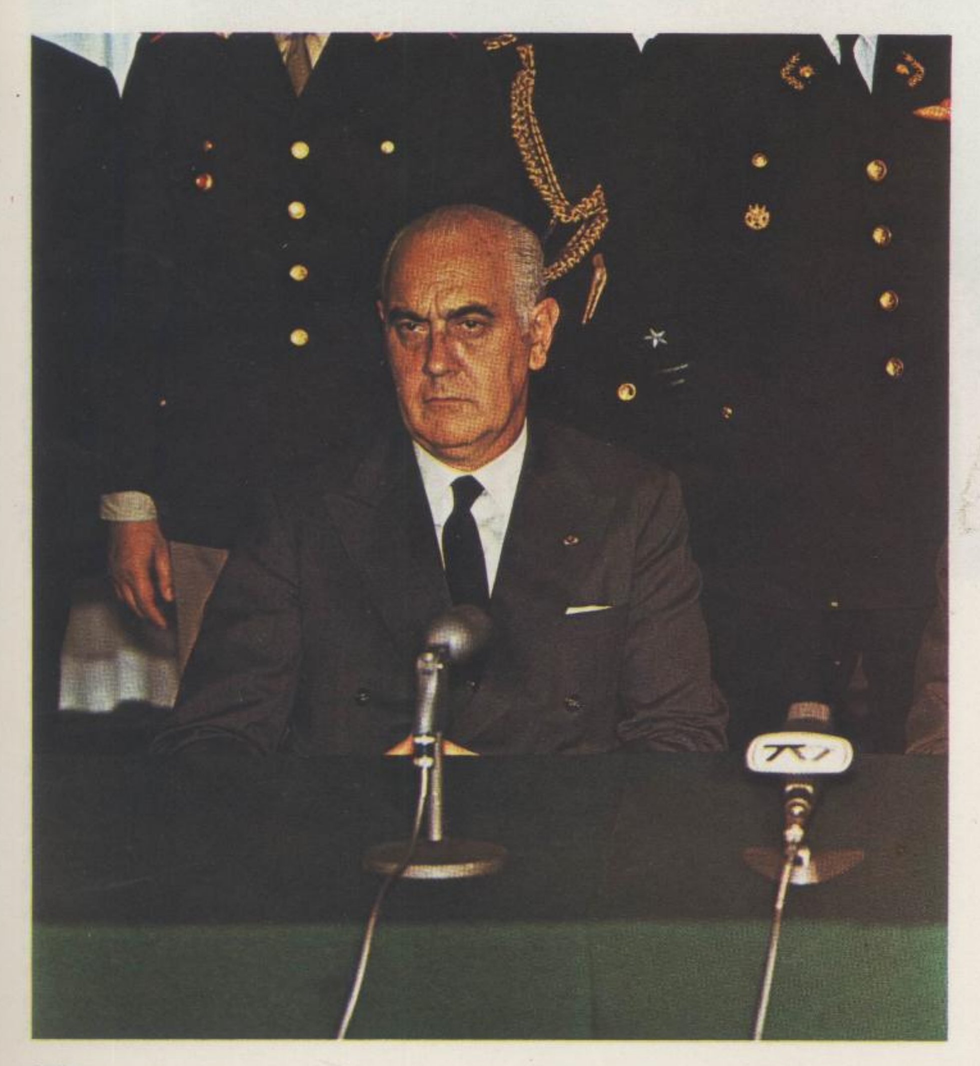
en sus horas más trágicas. A pesar de ello, empieza a reconocerse que Rosas, sin pretenderlo, hizo un gran bien al país. La administración de un gobierno personal como el suyo siempre es económica; por más que gaste o atesore, un tirano cuesta siempre menos que una burocracia corrompida. Además, las provincias se acostumbraron a mirar a Buenos Aires no como un lugar privilegiado, sino como un trozo más de la Argentina que sufría sus mismos males. Rosas, alardeando de desunir con su imaginaria federación, unificó la Argentina, haciendo posible la federación centralizada o federación moderada que vino después. Con su régimen antidemocrático hizo refulgir los mismos ideales que combatía, esto es, la política europeizante y civilizadora impulsada por Rivadavia.

Después de varias tentativas fracasadas para derribarlo, Rosas sucumbió cuando sus fuerzas quedaron vencidas por las del general rebelde Urquiza en la batalla de Caseros.

Juan Domingo Perón en el acto de recibir a los miembros de uno de sus gobiernos; la doctrina de este político, de tipo socializante, fue evolucionando hacia el régimen personal.



Alejandro A. Lanusse, actual presidente de la República Argentina, que busca una salida democrática para el país.

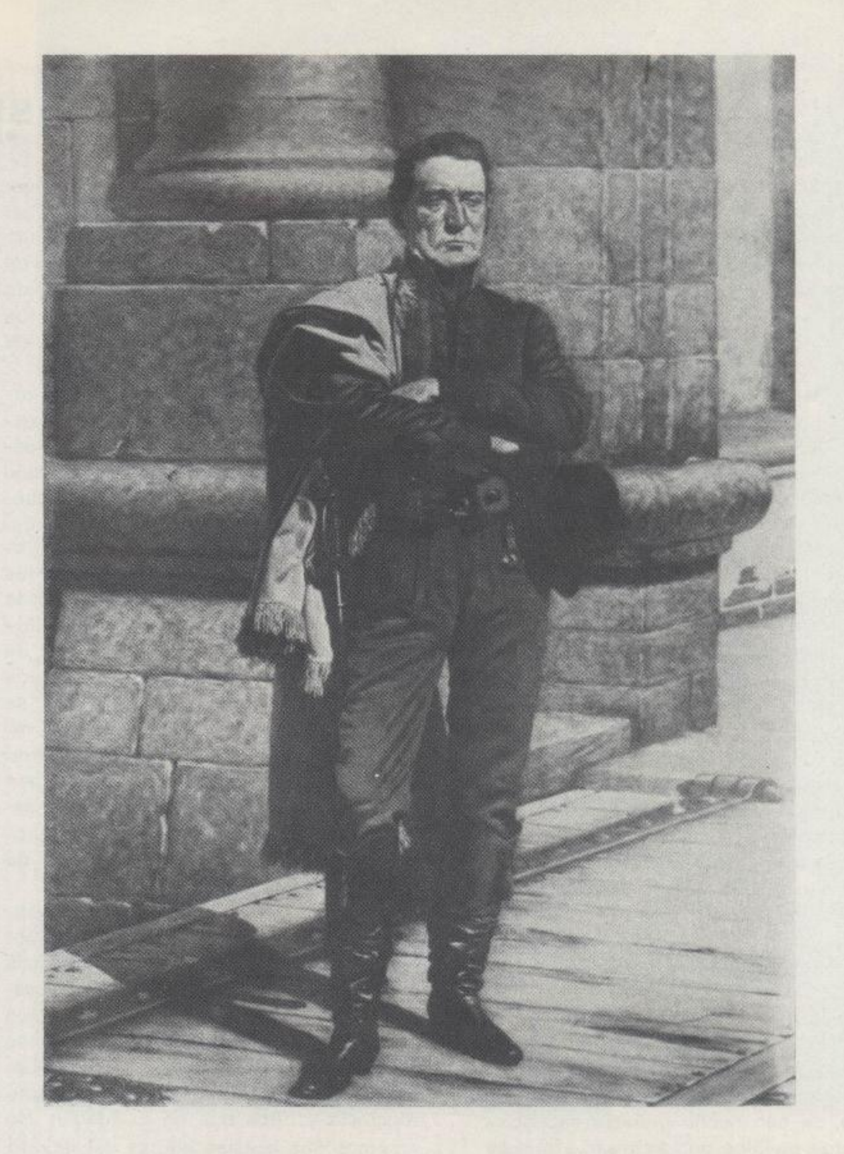


En 1852 se embarcó para Inglaterra. Al ver que la capital del nuevo estado que iba a establecer Urquiza se situaba en Rosario de Santa Fe, Buenos Aires se declaró independiente. Entonces se manifestó como caudillo Mitre, que luchaba por la independencia de Buenos Aires. Después de la paz, y unificada nuevamente la República, Mitre, como presidente, continuó la obra de Rivadavia de población y europeización de la región del Plata. Cabe mencionar aquí la presidencia del general Roca, que abrió los territorios del Sur, acabando con la amenaza de los indios, así como la de Domingo Faustino Sarmiento, educador y escritor que desarrolló una intensísima política cultural

Toda esta etapa, en la que domina la burguesía, cae al salir a la palestra política la Unión Cívica Radical con sus postulados electorales plenamente democráticos (sufragio universal, secreto y obligatorio). El primer presidente elegido según este sistema, Hipólito Irigoyen (1916), inició tímidamente las reformas sociales, pero en 1930 la crisis económica mundial creó una grave situación en el país, y el ejército empezó a desempeñar un gran papel político, devolviendo el poder a los conservadores. En él se mantuvieron hasta 1943, en que estalló un nuevo movimiento militar, de carácter nacionalista; la oposición obrera encontró un jefe en Juan Domingo Perón, que fue abriéndose camino

desde la Secretaría de Trabajo hasta ser elegido presidente en 1946. Su doctrina "justicialista", socializante, evolucionó hacia un régimen personal y dictatorial, que hizo decaer su prestigio, sobre todo al enfrentarse con la Iglesia. Un golpe militar lo derrocó en 1955, pero no suprimió los problemas sociales ni la leyenda nostálgica del caudillo exiliado.

En las elecciones de 1958 triunfó Arturo Frondizi, jefe de uno de los dos grupos en que se escindió la Unión Cívica Radical, el cual intentó atraer de nuevo a los antiguos peronistas a la comunidad política, pero sus concesiones impacientaron al ejército, que le obligó a dejar el poder al vicepresidente Guido, en 1962. Al año siguiente fue elegido Arturo Illia, que gobernó difícilmente por entre peronistas y militares, hasta que en julio de 1966 una "revolución nacional" llevó al poder al general Juan Carlos Onganía, que intentó en vano un acercamiento al movimiento sindicalista partiendo de un régimen fuerte. Fue derrocado por resolución de la Junta de Comandantes en Jefe, cuyo hombre fuerte era el general Alejandro A. Lanusse. Escogió la Junta a Roberto M. Livingstone, un general que quiso gobernar por su cuenta hasta que fue desplazado por las fuerzas castrenses y se encargó del poder el general Lanusse, quien busca una salida democrática, sin extremismos, viable para el país, en medio de los problemas del peronismo, la crisis económica y la desorientación política general.



Artigas, el caudillo fundador del Uruguay.

URUGUAY

Parte del virreinato del Plata eran las regiones de Entre Ríos-Uruguay y de Misiones o Paraguay. El Uruguay se emancipó de la Argentina en el período caótico que precedió a la tiranía de Rosas. El caudillo fundador fue también en esta región un gaucho indomable, Artigas, que los uruguayos modernos han elevado a la categoría de héroe nacional.

La transformación del Uruguay en un estado moderno, el más equilibrado y progresivo de la América hispana, comenzó con los planes educacionales de José Pedro Varela, impuestos por voluntad del dictador Latorre. Mas el organizador del Uruguay fue José Batlle, el cual, aun no siendo presidente, continuó influyendo en el gobierno. El resultado fue una serie de reformas sociales, como la reducción a ocho de las horas de trabajo del obrero y concesión de seguros de vejez, aplicadas mucho antes que en los demás países americanos y hasta que en algunos de Europa.

El régimen uruguayo merece estudio y atención. El poder ejecutivo estaba repartido entre el presidente y un consejo nacional. El presidente nombraba la mitad de los ministros, y el consejo la otra mitad. Esta combinación funcionó sin grandes sacudidas hasta 1931. Pero el presidente Gabriel Terra, encontrando dificultades económicas para cumplir las obligaciones que exigían los seguros de accidentes del trabajo y retiros, abolió la Constitución en marzo de 1933 y empezó a gobernar dictatorialmente. Los presidentes siguientes procuraron volver a la normalidad política.

Lo más característico, sin embargo, del Uruguay contemporáneo ha sido la sustitución del presidente de la República por un consejo de gobierno, según una organización semejante a la suiza, que funcionó sin alteraciones desde 1952 hasta 1966, en que se volvió al sistema presidencial con la elección del general Oscar Gestido para el cargo. A su repentino fallecimiento, el 6 de diciembre de 1967, le sucedió Jorge Pacheco Areco, quien gobernó durante un período tormentoso, acosado por la crisis económica y

DEMOCRACIA Y EFICACIA EN HISPANOAMERICA

Es indudable, y no podemos negarnos a ello, que entre los móviles que mueven a los hombres no sólo está el pan (ya lo dijo alguien con más autoridad, que decía que no sólo de pan vive el hombre); les mueven indudablemente otras cosas: ciertas lealtades a ciertos principios, ciertos ideales y ciertas esperanzas, y los pueblos latinoamericanos, los pueblos hispánicos en general, que han sido aquellos en los cuales fue muy negada la libertad, han sido, sin embargo, tal vez por contraste, los pueblos más apasionadamente devotos de la libertad. Si uno toma la historia de la conquista y colonización de América, la ve como la historia de una larga lucha por la libertad y la justicia. Hay un libro de Lewis Hanke que se llama así precisamente: *La lucha por la justicia en la conquista de América*, y nos revela hasta qué punto había en el fondo del nacimiento de eso que se llamó el Nuevo Mundo el deseo de que fuera un nuevo mundo, de que no fuera una mera reproducción de los males, de las desgracias, de las guerras y de los egoísmos de Europa, sino que naciera una nueva edad del hombre en la tierra americana. Y esa nueva edad iba a ser una era de libertad y de justicia.

Y eso ha sido un deseo irrenunciable de los pueblos latinoamericanos. Para nosotros, con razón o sin ella, república, democracia e independencia son la misma cosa. No distinguimos entre una cosa y otra; no pensamos que pudieran existir nacionalmente de otra manera. Se ha luchado, se han hecho grandes sacrificios en estos pueblos por alcanzar a realizar un régimen de libertad y justicia y de verdadera república.

De modo que sería muy difícil, como no fuera por la imposición de una dictadura, de una dictadura férrea –cuyo resultado final, Dios sabe cuál sería–, el convencer a estos pueblos a que renunciaran a su aspiración de un régimen de libertad y justicia, en nombre de un futuro beneficio de progreso, para aceptar la imposición de un gobierno de atroz dictadura que lo iba a poner al servicio de la realización de unos objetivos prácticos.

Cabría preguntarnos –creo que, en cierto modo, ya lo hemos contestado– si existe una fatalidad que hace que la democracia sea ineficaz y no sirva. Creemos que, en términos universales, no se plantea esta cuestión. Nadie duda que los Estados Unidos de América se han desarrollado, se han convertido en uno de los pueblos más ricos y prósperos del mundo –si no el más rico y próspero del mundo– con un régimen de libertad política y de democracia representativa. Nadie duda que Inglaterra, aquella pequeña isla, se convirtió en señora del mundo con un régimen de libertad política y de gobierno representativo. Nadie, en fin, duda que Australia o que Nueva Zelanda han llegado a convertirse en países muy poderosos y desarrollados con un régimen de este tipo.

De modo que no existe una incompatibilidad natural, una incompatibilidad congénita entre el régimen de la democracia representativa y la eficacia para el desarrollo. A menos que nosotros cayéramos en el otro terreno muy espinoso, donde surge la cuestión racial, de que hay pueblos que pueden vivir y prosperar en democracia y otros que no lo pueden. No creemos que a estas alturas del mundo, con muchos años de muerto el conde de Gobineau, nadie pueda sostener de una manera válida, ninguna tesis de superioridad racial ni de superioridad geográfica pura. Los hombres somos los frutos de una serie de circunstancias materiales o históricas que nos han llevado a ser como somos; pero no somos como somos, porque ingénita y congénitamente dentro de nosotros fueron puestas desde la eternidad unas vallas, unas carencias o unas condiciones inalterables que nos distinguen de los demás.

Por tanto, no podemos aceptar –además, nadie podría sostenerlo ni defenderlo– que los pueblos hispanoamericanos no tienen por fatalidad racial o por fatalidad geográfica las condiciones mínimas como colectividad, como seres humanos, que la democracia exige para poder existir, porque casi sería como aceptar que tenemos que renunciar a la dignidad humana, o que pertenecemos a una humanidad de segundo orden, o que tenemos una inferioridad congénita y que debemos aceptarla, y que la libertad es para los anglosajones.

El hecho es que nosotros podemos, y no hay razón valedera para no creer en ello, tener regímenes de democracia representativa con eficacia. Desgraciadamente, por razones históricas, muchos de los regímenes llamados democráticos en la América latina han carecido de las orientaciones, de las concepciones, de la adecuación a las necesidades del crecimiento de los países, y han pretendido gobernar en nombre de principios abstractos y realizar unas revoluciones de papel, que se han dado de trompicones y de cabezadas con las realidades sociales, económicas y políticas y que han llevado a esos países al estancamiento.

(A. Uslar Pietri, fragmento de conferencia dada en Caracas el 2 de noviembre de 1966.)

P. G.



Quizá lo más notable de la historia contemporánea del Uruguay sea la aparición del movimiento guerrillero urbano de los "tupamaros", que ha hecho tambalear el régimen establecido.

financiera del país, víctima de la caída de precios de sus materias primas y de la presión de las más avanzadas leyes de protección social. Y, por otro lado, el estallido de un poderoso movimiento guerrillero urbano, los "tupamaros", que en ciertas ocasiones han hecho casi tambalear el sistema. En 1972 tomó el poder Juan M. Bordaberry, político triunfante con escaso margen en los comicios más reñidos de la historia uruguaya.

PARAGUAY

El Paraguay tuvo también litigios de fronteras por haber quedado vagos los límites del lado de los Andes desde el período colonial. Un feroz caudillo, el doctor José Gaspar Rodríguez Francia, consiguió infundir en el Paraguay un sentimiento de nacionalismo cerrado e incondicional. El gobierno de Carlos Antonio López, también dictatorial, se dedicó a la organización de un fuerte ejército, el cual permitió a su hijo, Francisco Solano López, que le sucedió, desafiar conjuntamente al Brasil y la Argentina por problemas surgidos en la navegación de los ríos. Se formó la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay, cuyas tropas mandó Mitre; después este mando recayó en el Brasil y la ciudad de Asunción fue ocupada por el ejército de la Triple, pero la guerra no terminó hasta la muerte del presidente paraguayo, sitiado en Cerro Corá (1870). El resultado de aquella terrible guerra emprendida fue el exterminio de buena parte de la población masculina y la avasalladora ocupación del país por el Brasil.

Los gobiernos posteriores se lanzaron a levantar la economía, muy desquiciada. Al propio tiempo, las relaciones con Bolivia se iban agriando por diferencias surgidas respecto del territorio del Chaco, lo que originó una agotadora guerra que duró tres años (1932-1935), en la que el Paraguay luchó con determinación, rozando lo suicida, y obtuvo la victoria, sancionada por el tratado de paz firmado en Buenos Aires (1938). Los gobiernos de los generales Estigarribia y Moríñigo se dedicaron a fomentar las actividades económicas, pero el segundo hubo de hacer frente a una grave guerra civil (1947), que logró dominar; a pesar de ello fue destituido en 1948, cuando ya estaba elegido el sucesor.

Entonces empieza una larga serie de presidentes más o menos provisionales, que aparecen y desaparecen al compás de los correspondientes golpes de estado, hasta que en el año 1954 encontró de nuevo el Paraguay a su hombre fuerte en el general Alfredo Stroessner.

Firma del tratado de Buenos Aires (1938), que ponía fin a la guerra del Chaco entre Bolivia y el Paraguay, en la que este último, luchando con determinación suicida, obtuvo la victoria.



El general Alfredo Stroessner, presidente del Paraguay desde 1954.

LAS PRINCIPALES INTERVENCIONES DEL EJERCITO EN LA VIDA POLITICA LATINOAMERICANA DESDE 1930 A 1964

Año	País	Tendencia	Naturaleza de la intervención
1930	R. Dominicana	Personal	El general Trujillo es llevado al poder por el ejército (hasta 1961).
1930	Argentina	Derecha	El general Uriburu expulsa al presidente Yrigoyen.
1930	Brasil	Izquierda	Revolución popular asegurada luego por los oficiales jóvenes.
1931	Guatemala	Personal	El ejército asegura la dictadura del general Ubico.
1931	Chile	Sin signif.	El general Blanche Espejo derroca al general Ibáñez.
1933	Nicaragua	Personal	Dictadura del general Anastasio Somoza, prolongada por la de su familia.
1933	Cuba	Izquierda	El sargento Batista toma el poder después de una rebelión de los suboficiales.
1936	Paraguay	Izquierda	El ejército confía el poder al coronel Franco.
1936	Bolivia	Izquierda de tipo fascista	El ejército da el poder al coronel Toro.
1937	Bolivia	Iz. fascista	Toro es sustituido por el coronel Bush.
1937	Brasil	Corporativismo fascista	El ejército permite la transformación en dictadura de la presidencia de Getulio Vargas.
1940	Bolivia	Derecha	El ejército da el poder al general Peñaranda.
1943	Bolivia	Iz. fascista	El comandante Villarroel lleva al poder al M. N. R., partido de tendencia nacionalsocialista.
1943	Argentina	Iz. fascista	Una junta militar dirigida por el general Ramírez derriba al gobierno conservador.
1944	Guatemala	Izquierda	Una junta militar lleva al poder a Arévalo.
1944	El Salvador	Izquierda	Soldados y estudiantes derrocan a Hernández Martínez.
1944	Ecuador	Izquierda	El general Larrea Alba coloca en el poder al presidente Velasco Ibarra.
1944	Brasil	Liberal conservador	El ejército quita el poder a Getulio Vargas.
1945	Venezuela	Izquierda	El ejército destituye al general Medina Angarita.
1946	Bolivia	Derecha	Después del asesinato de Villarroel, el ejército asegura el poder a los notables.
1947	Panamá	Izquierda	El coronel Remón toma el poder efectivo.
1947	Ecuador	Derecha	El ejército derroca a Velasco Ibarra.
1948	Venezuela	Derecha	Una junta militar destituye a Rómulo Gallegos y elimina el partido Acción Democrática.
1948	El Salvador	Izquierda	El mayor Oscar Osorio expulsa al general Castañeda.
1948	Perú	Derecha	El ejército otorga el poder al general Odria.
1951	Bolivia	Derecha	Una junta impide al presidente electo llegar al poder.
1952	Cuba	Personal	Batista destituye a Prío Socarrás y elimina al Partido Revolucionario cubano.
1952	Venezuela	Derecha	Dictadura de Pérez Jiménez.
1953	Colombia	Izquierda	Ascenso del general Rojas Pinilla, apoyado por el ejército.
1954	Guatemala	Derecha	El coronel Castillo Armas derriba al coronel Arbenz.
1954	Brasil	Derecha	El ejército destituye al presidente Getulio Vargas.
1954	Paraguay	Profesional	El ejército coloca en el poder al general Stroessner, que dedicará a gastos militares el 50% del presupuesto.
1955	Argentina	Derecha	Una junta militar acaba con el régimen "justicialista" de Juan Domingo Perón.
1957	Colombia	Liberal	Una junta militar derroca al general Rojas Pinilla.
1960	El Salvador	Izquierda	El poder político es tomado por una junta militar.
1961	El Salvador	Sin significación política	Una segunda junta militar derriba a la primera a los tres meses de ejercer el poder.
1961	Argentina	Derecha	El ejército obliga al presidente Frondizi a modificar su política, ya previamente muy mediatizada por él.
1961	Brasil	Derecha	El ejército obtiene una modificación de la Constitución a cambio de su consentimiento a la ascensión de Goulart a la presidencia.
1962	Argentina	Derecha	Ante las resistencias de Frondizi a ceder a nuevas presiones militares, una junta se hace cargo del poder.
1962	Perú	Profesional	El ejército se niega a aceptar el resultado de las elecciones y la vuelta al poder de Haya de la Torre.
1962	Argentina	Derecha	El general Toranzo Montero consigue la eliminación de los militares moderados.
1962	Argentina	Liberal	Los militares moderados consiguen apartar del poder a Toranzo Montero.
1963	Guatemala	Sin significación política	El presidente Idígoras Fuentes es derribado por el coronel Peralta.
1963	R. Dominicana	Derecha	El ejército derroca al presidente Bosch.
1963	Ecuador	Derecha	Caída de Arosemena y gobierno militar de Castro Gijón.
1963	Honduras	Derecha	El ejército derroca al presidente Villeda Morales.
1964	Brasil	Derecha	El ejército apoya la sublevación de los gobernadores de estado contra Joao Goulart.

BRASIL

Por una serie de circunstancias, Brasil fue una afortunada excepción en la revuelta historia de la América del Sur en el siglo XIX. Al regresar a Europa el rey de Portugal, que se había refugiado en el Nuevo Continente durante la invasión napoleónica, dejó en el Brasil como regente a su hijo Pedro, y éste se proclamó emperador al poco tiempo, sin violencia, casi como por acuerdo tácito. Su reinado no fue afortunado y pronto tuvo que dejar la corona a su hijo Pedro II, entonces menor de edad, que comenzó a gobernar efectivamente en 1840 y hasta 1889 presidió, como un autócrata ilustrado y liberal, el extraordinario desarrollo del país. Su política favorable a la abolición de la esclavitud le enajenó el apoyo de los grandes terratenientes y una sublevación militar le obligó a abdicar.

La república, federal y democrática, buscó un sistema que le permitiera obviar la falta de preparación política de la gran mayoría del pueblo brasileño, y lo encontró primero en la tutela del ejército y luego en la alternancia de las oligarquías de los estados de São Paulo y Minas Gerais. La prosperidad del país, basada primero en el azúcar y luego en el caucho, a partir de 1912 dependió fundamentalmente del café, y la crisis mundial de 1929, con la consiguiente caída de precios, puso al país súbitamente frente a una desagradable realidad social.

A ponerle remedio se dedicó Getulio Vargas, dictador benévolo y popular de 1930 a 1945, que se apoyó sobre todo en la naciente clase trabajadora y lanzó un ambicioso programa de expansión económica; el descontento del ejército le obligó a dimitir, pero volvió al poder en 1950 en una elección libre. Esta segunda etapa fue mucho menos afortunada que la primera: a los roces con los Estados Unidos, por motivos económicos, unióse el desprestigio atraído por sus colaboradores incompetentes y corrompidos y, acorralado por la oposición del ejército, se suicidó en agosto de 1954.

La herencia de Vargas la recogió el presidente Kubitschek, elegido en 1955, que quiso favorecer el desarrollo del interior con la creación de la nueva capital, Brasilia, pero acabó de lanzar al país por la pendiente inflacionista, con lo que empeoró la situación financiera, ya de sí grave a consecuencia de la baja en los precios de las materias primas. Todo ello hacía evidente la necesidad de reformas de estructura, que quiso iniciar Janio

Aclamación de Pedro, hijo menor de edad de Pedro I, como segundo y último emperador del Brasil.





Combate de Sam-Borja (10 de junio de 1865), en que los brasileños defendieron su bandera de un vigoroso ataque de los soldados paraguayos durante la guerra del Paraguay contra Brasil, Argentina y Uruguay. Croquis de M. Mynssen conservado en la Biblioteca Nacional de París.

DUALISMO SOCIAL EN AMERICA LATINA: EL CASO DEL BRASIL
(según LAMBERT)

La nación brasileña se encuentra escindida en dos bloques con una organización económica y social diferente y opuesta: el nuevo Brasil de los estados del Sur y el Brasil arcaico del Nordeste.

En el Nordeste perdura una sociedad agraria autárquica y cerrada, legado directo del inmediato pasado colonial.

Los estados del Sur, con São Paulo a la cabeza, entraron en contacto a finales del siglo XIX con la economía europea, lo que produjo el desarrollo de una agricultura de exportación y la entrada de capitales extranjeros que financiaron las primeras industrias del país.

Las desigualdades del desarrollo económico no son una característica específicamente brasileña. El crecimiento no se produce de una manera uniforme en los países subdesarrollados, y oposiciones del mismo signo han existido hasta épocas muy recientes en los países adelantados, como la dualidad entre Norte y Sur en los Estados Unidos.

En Brasil, sin embargo, las diferencias entre una y otra zonas son muy acusadas.

Un 85 % de la población adulta sabe leer y escribir en los estados más prósperos, frente a tan sólo un 16 % en los estados pobres.

La expectación de vida en los estados del Sur supera en dieciocho años a la del Nordeste.

Con una población semejante, el estado de São Paulo y los siete estados del Nordeste proporcionan al fisco, respectivamente, el 74 % y el 2 % de sus ingresos.

Las distancias entre uno y otro bloques tienden a acrecentarse debido fundamentalmente a dos razones.

La evolución extraordinariamente rápida del Sur.

La lentitud con que se produce el cambio en el Nordeste por la dificultad de comunicaciones y la inmensidad de su territorio.

En caso de perdurar esta dualidad económica y social del país, planteará el problema de su unidad política.

Sin atentar contra ella de una manera inmediata, plantea el problema de la dirección y contenido de una política nacional y el predominio de uno de los dos bloques.

Quadros, elegido en 1960, el cual, sin embargo, tuvo que dimitir al año siguiente porque sus simpatías hacia Fidel Castro le atrajeron el disgusto de la diplomacia americana y del ejército brasileño.

Para limitar el poder del vicepresidente João Goulart, que tenía que sucederle y era sospechoso por haber sido seguidor de Vargas, se ensayó una constitución parlamentarista, que sólo duró poco más de un año, porque Goulart consiguió volver al sistema presidencial por medio de un plebiscito, en enero de 1963. Por poco tiempo, porque sus medidas revolucionarias provocaron un nuevo alzamiento, en marzo de 1964, que dio el poder al mariscal Castelo Branco; el nuevo régimen, rígidamente conservador, suprimió legalmente toda oposición y prolongó su existencia después de haber hecho elegir presidente al mariscal Arthur da Costa e Silva (octubre de 1966).

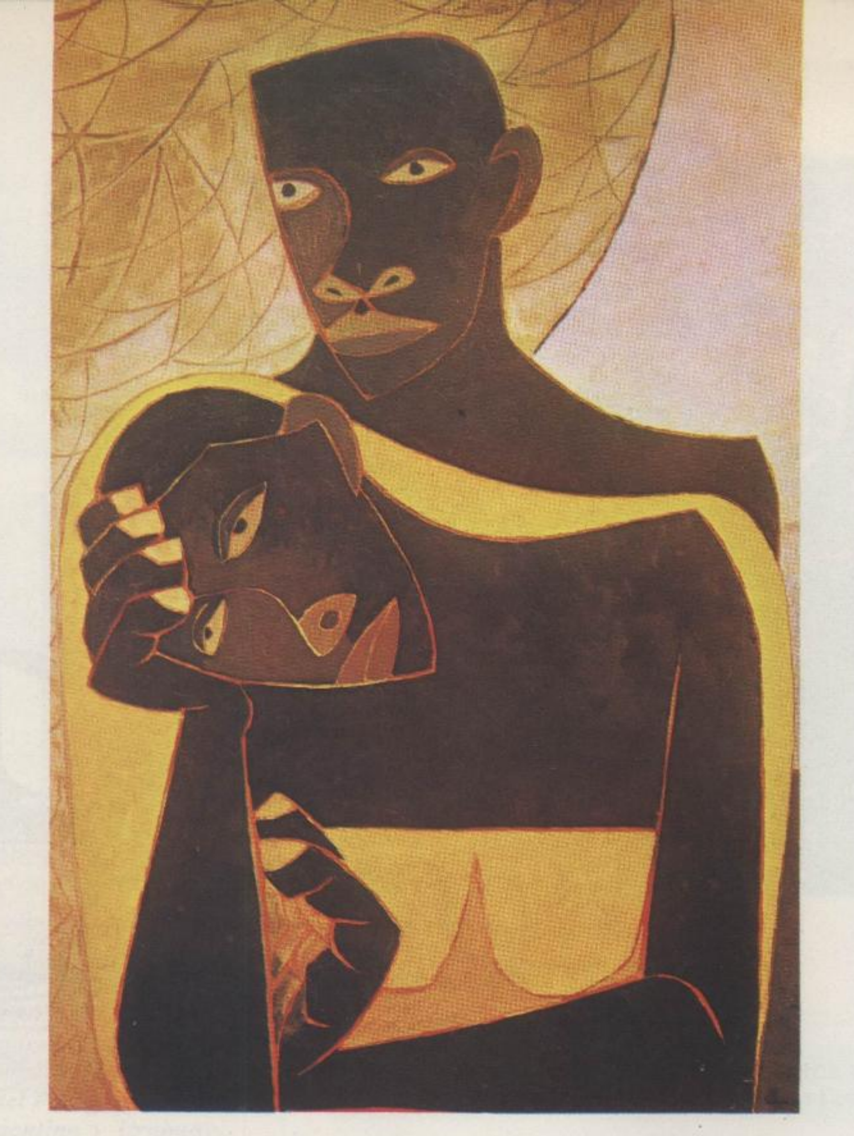
El colosal estado que es el Brasil, con cerca de 100 millones de habitantes y riquezas incalculables, ha emprendido la carrera del desarrollo, en espectacular revitalización económica, gobernado por el grupo militar, preparado en la teoría invariable del país, presidido desde 1969 por el general Emilio Garrastazu Médici, como sucesor de Da Costa e Silva, sustituido por enfermedad.



"Os Candangos", estatua de Bruno Giorgi y símbolo de la nueva capital, Brasilia, ciudad que debe su origen al deseo del presidente Kubitschek de potenciar el desarrollo de las inmensas zonas interiores del país.



Vista de la carretera transamazónica, ingente obra que también tiende a permitir poner en explotación regiones brasileñas extraordinariamente ricas y que hasta ahora han permanecido improductivas y muy alejadas de la civilización.



"*Los amantes*", *pintura del pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín (col. particular, Barcelona), uno de los grandes artistas de la América actual.*

CULTURA Y SOCIEDAD

En cuanto a la producción intelectual hay que citar siempre los trabajos gramaticales de Bello y Cuervo, el libro de Sarmiento, *Facundo,* y las filípicas de Montalvo. Como pensadores, puede decirse que ha producido dos grandes personalidades: el cubano Martí y el uruguayo Rodó. Además de la narración (Ricardo Palma) cultivóse ya en el siglo pasado la novela en las naciones sudamericanas, pero en lo que la América latina ha sido prolífica es en poesía, con representantes magníficos como José Asunción Silva, José Santos Chocano, José Hernández, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Rubén Darío..., con la circunstancia de que entre lo mejor que se ha producido descuellan poetisas de gran alma, locuaces y francas en manifestarnos lo que se esconde debajo del candor y pudor femeninos: la Storni, la Agostini, la Ibarbourou..., y una figura excepcional: Gabriela Mistral.

Modernamente, la América latina tiene grandes novelistas que han merecido consideración internacional, como Rómulo Gallegos, de Venezuela, y Enrique Larreta, en la Argentina; Miguel Ángel Asturias, de Guatemala; Ciro Alegría, de Perú; poetas de primera magnitud, como los famosísimos Vicente Huidobro y Pablo Neruda, de Chile, y



La Avenida 9 de Julio, en Buenos Aires, capital de la República Argentina y una de las ciudades más importantes y de mayor vida artística del hemisferio sur.

ENRIQUE LARRETA

LA CALLE
DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE

POESIAS

NUEVA EDICION

BUENOS AIRES
1942

Portada de "La calle de la vida y de la muerte", de Larreta, escritor argentino.

el polígrafo Pedro Henríquez Ureña y el ensayista Alfonso Reyes. La narrativa hispanoamericana ha vivido recientemente un extraordinario auge, con nombres como Vargas Llosa, del Perú; García Márquez, de Colombia; Carpentier, de Cuba; Fuentes, de México, que junto a las nuevas formas de la novela han dado contenido ideológico a sus novelas, alcanzando fama general en el mundo desorientado de los tiempos contemporáneos.

Es un fenómeno paralelo al del prestigio que goza en la juventud de Europa y Estados Unidos la "revolución universitaria", que arrancó en Córdoba (Argentina) en 1918, o al mito que se ha formado con figuras guerrilleras como el Che Guevara (argentino que actuó con Fidel Castro en Cuba) o el P. Camilo Torres (colombiano, que se alejó del sacerdocio para lanzarse a la montaña)...

Los dictadores de uniforme o de levita están caídos o tambaleándose en toda la América latina. Cayeron Hernández, de Chile; Leguía, del Perú; Vargas, del Brasil; Ubico, de Guatemala, y los déspotas de Bolivia, Venezuela, El Salvador, Santo Domingo... La rebelión cunde y señala el comienzo de un periodo revolucionario hasta en la Argentina, que parecía estabilizada y capaz de ir evolucionando con reformas paulatinas. La gestación del nuevo régimen será lenta, porque el roto, el pelado, el cholo, el descamisado lo mismo que el indio no se entusiasman votando un candidato obrero, aunque sea negro, mulato o cobrizo, para defender en un Parlamento liberal los derechos de su casta. Hoy los desheredados americanos comprenden que si no consiguen una completa transformación del estado y de la sociedad no saldrán de la semiesclavitud en que se encuentran. Cuál puede ser el mejor sistema, más justo, más beneficioso, ellos no lo saben ni habrá nadie para dirigirlos.

Los movimientos guerrilleros (rurales y urbanos) que conocieron cierto auge, impulsados por el éxito de Fidel Castro, han declinado, posiblemente porque carecían de pensamiento ordenador de nuevas estructuras sociales. Una vaga idea de destruir el sistema no basta para edificar un estado moderno. Por otra parte, los grandes terratenientes y los acaudalados mineros defenderán su actual explotación con argumentos de filosofía seudocapitalista. Dirán que, dadas las condiciones del país, la enormidad de las distancias y los problemas de transporte, es imposible abandonar el régimen feudal o "paternalístico", como ha dado en llamarse a sí mismo en nuestros días.

Con todo, el interrogante acerca del destino de la América latina sigue abierto y sin respuesta.

Miguel Ángel Asturias, literato guatemalteco de prestigio mundial, que recibió el Premio Nobel de Literatura en el año 1967.



BIBLIOGRAFIA

Arciniegas, G.	*Este pueblo de América,* México, 1945.
Fraga Iribarne, M.	*Sociedad, política y gobierno en Hispanoamérica,* Madrid, 1962.
Griffin, Ch. C., y cols.	*Latin America. A Guide to the Historical Literature,* University of Texas Press, Austin, 1971.
Hanke, L.	*América latina (Continente en fermentación),* Madrid, 1961.
Johnson, J. J.	*The military and society in Latin America,* Stanford, 1964.
Lambert, J.	*América latina. Estructuras sociales e instituciones políticas,* Barcelona, 1964.
Lieuwen, E.	*Arms and politics in Latin America,* Nueva York, 1961. *Generals vs. presidents: neomilitarism in Latin America,* Nueva York, 1964.
Madariaga, S. de	*Presente y porvenir de Hispanoamérica,* Buenos Aires, 1959.
Porter, Ch. C., y Alexander, R. J.	*The Struggle for Democracy in Latin America,* Nueva York, 1961.
Prebisch, R.	*Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano,* México, 1963.
Wilgus, A. Curtis, edit.	*South American dictators during the first century of independence,* Nueva York, 1937.



La plazuela de San Carlos, en Bogotá, con casas del siglo XVII, y en el centro el monumento a Rufino Cuervo, el gran gramático de la lengua castellana.